LA LEYENDA DE YURUPARY *

En el principio del mundo una terrible epidemia se desató entre los habitantes de la Sierra de Tenui, atacando exclusivamente a los hombres. Sólo se salvaron unos pocos viejos cansados y ya vencido por los años, y un anciano *payé* **.

Preocupadas por esto las mujeres, que veían la extinción de la raza en un futuro no muy lejano, ya que no había en la vecindad ningún pueblo al cual acudir para proveerse de lo que les faltaba, decidieron reunirse para ver si era posible encontrar solución a tal estado de cosas.

En todos los rostros se veía consternación y sólo el viejo *payé* se mantenía sereno e imperturbable.

Su ciencia, considerada para este caso impotente, no había sido consultada como era la costumbre.

En las orillas del Lago Muypa, donde Seucy [1] solía bañarse, tuvo lugar la reunión de las mujeres.

---

* La traducción española se basa en la primera edición de la leyenda: ERMANNO STRADELLI, *Leggenda dell' Jurupary*, en *Bollettino* Società Geogràfica Italiana (Roma), Serie III, vol. III, págs. 659-689; 798-835. Las notas de Stradelli se han colocado, numeradas, al pie de la página. Para otras notas se usan asteriscos. Las que se han tomado de la traducción inédita de Pastor Restrepo Lince llevan al final la sigla (PRL). Excepto por algunos casos, la traducción respeta la ortografía del texto de Stradelli para las palabras indígenas y los nombres propios. También se mantiene, en lo posible, la presentación formal del texto.

** "El verdadero significado es el de *brujo-curandero*. Algunos autores lo han querido traducir por *chaman* o *medicine-man*, pero ni el denominativo mongólico ni el inglés interpretan a cabalidad las funciones de este personaje. Otros usan el término híbrido de *paiman*. En ciertas tribus se le llama *piache* [...] Su distintivo es el *matiry*, saquito que lleva colgado al cuello". (PRL).

[1] Nombre dado a la constelación de las Pléyades (Stradelli). "*Ceucy* [*sic*] por *Cyiuce* que es a su vez una corruptela de *cyiyucé*, de *cy*, madre, *y* dos, *y* agua y *ucei* por *hucei*, deseo; *apetito*, etc., la *madre de los que tienen sed*. Es una palabra difícil de pronunciar por la unión de tres *y-i-y* todas con sonido distinto, por lo

Los pareceres más diversos y extraños se discutieron. Había quien proponía que trataran de rejuvenecer a aquellos viejos decrépitos, o que los arrojaran a los peces si la tentativa no daba resultado. Hubo incluso quien sugirió que se viera si las mujeres podían fecundarse entre ellas, y la discusión, animándose, se alargó hasta que fueron sorprendidas por Seucy que, como de costumbre, venía a bañarse.

Sólo entonces descubrieron al viejo *payé,* tranquilamente sentado entre ellas, sin que ninguna pudiera decir ni cuándo ni cómo había llegado.

Avergonzadas por haber sido sorprendidas *in fraganti,* quisieron huir, pero no pudieron; sus pies parecían clavados como piedras al suelo.

Y el *payé* habló así:

—Veo a mi pesar que nunca podrá encontrarse sobre la tierra una mujer paciente, discreta y capaz de guardar un secreto.

No hace mucho que el Sol me recomendó en el sueño evitar que las mujeres se aproximaran de noche a las orillas del lago. Y les advertí de esta prohibición; y ahora no sólo las encuentro aquí a todas, sino que están además maquinando cosas vergonzosas contra nosotros los viejos, desobedeciendo de esta manera las órdenes de los que gobiernan el mundo.

Seucy, la señora del lago, cuyas aguas están contaminadas con esta impureza, no vendrá de ahora en adelante a bañarse aquí.

La generación que va a nacer mañana excluirá para siempre a las mujeres de participar en todo asunto de importancia.

Ante tales palabras las conspiradoras preguntaros excitadas:

—Si no está mintiendo, díganos, cómo y cuándo podrá esto suceder?

—¡Están todavía tan impacientes que hasta tienen la osadía de interrogarme! Me creen embustero sabiendo que soy *payé* y que lo veo todo por medio de la imaginación.

---

que se oye decir: *cyacy, ceyuicy, ciyuicy, ceeiacy,* etc., que da lugar a diversas interpretaciones como *madre de dolores, madre de luna,* etc. Es el nombre de las Pléyades o Siete Cabrillas [...]. (PRL).

Y con todas las mujeres fue a bañarse en las aguas del lago, de donde cada una volvió con una sonrisa en los labios y una esperanza en el corazón.

—Ahora, —dijo el *payé*—, cada una lleva en sus entrañas el germen de la vida.

En verdad, todas estaban en estado de gravidez: él las había fecundado sin que ellas siquiera lo sospecharan.

Hecho esto, el viejo *payé,* con una agilidad rara para su edad, trepó a la Sierra de Dubá*. Llegado allí lanzó un grito prolongado: —éééé ... y se precipitó en el lago, cuya superficie quedó cubierta de un polvo blanco. Era el polvo con el cual el *payé,* que no era viejo como parecía, había ocultado su juventud.

Seucy también estaba zambulléndose en el lago, dejando como huella de su paso por el azul del cielo una senda casi blanca sembrada de pequeñas estrellas.

Las mujeres, colmadas de dicha, comentaban entre sí el feliz suceso, olvidándose de que ellas también habían tenido parte en él. Llenas de extrañas sospechas, que desaparecían ante la realidad de los hechos, se examinaban atentamente para asegurarse que aquello no era un sueño.

Diez lunas más tarde, en el mismo día y hora, todas daban a luz, asegurando de esta manera el futuro de la gente de Tenui.

Entre los recién nacidos había una espléndida niña, que por su belleza fue llamada Seucy. La Seucy de la tierra era la réplica de la Seucy del cielo y creció hasta la edad de los primeros amores tan pura como la estrella de la mañana.

Un día quiso comer de la fruta de *pihycan* [2] y se internó en la selva. Fácilmente encontró la fruta apetecida y no le fue difícil alcanzarla pues unos monos, antes de que ella llegara, habían hecho caer algunas que frescas y apetitosas estaban aún en el suelo.

---

* "Debe de ser el macizo del Duida [...], en el alto Orinoco, cerca de la Esmeralda..." (PRL).

[2] Fruto prohibido a las jovencitas que no han llegado a la pubertad porque despierta los instintos latentes. (Stradelli). "Debe ser Piquia, *Caryocar butyrosum* [...] de flores blancas, fruto semejante a ciruelas de tamaño de una nuez, de carne amarilla untuosa y de hueso arriñonado provisto de cerdas, como las almendras, de sabor dulce muy agradables...". (PRL).

La bella muchacha eligió las más hermosas y maduras, y habiéndolas amontonado frente a ella, comenzó a comerlas.

Eran tan suculentas, que parte del jugo se le escurrió por entre los pechos, mojándole las partes más ocultas, sin que ella diera a esto la menor importancia.

Comió hasta saciarse y no regresó a su casa hasta la hora de las tristezas, contenta de haber satisfecho un deseo nutrido por mucho tiempo.

Pero sentía los miembros entorpecidos por una extraña sensación jamás experimentada hasta entonces.

Movida por un instinto natural, se examinó atentamente y se dio cuenta que su virginidad ya no existía y que en sus vísceras había algo desconocido.

Avergonzada, no dijo nada a su madre, y mantuvo celosamente el secreto, hasta que el tiempo se encargó de hacer evidente su estado.

Entonces, interrogada por los de la tribu, que querían vengar la afrenta del violador, con ingenuidad contó la historia del *pihycan*.

Después de diez lunas dio a luz un robusto niño que superaba en belleza a su madre; se parecía al Sol.

Los tenuinas, apenas supieron el nacimiento del niño, lo proclamaron *tuixáua* * y le dieron el pomposo nombre de Yurupary, es decir, engendrado de la fruta.

Tenía Yurupary apenas una luna cuando su gente decidió preparar y entregarle las insignias de cacique.

Pero faltaba la *itá-tuixáua* [3], que era menester ir a buscar a la Sierra del Gancho de la Luna **, y una parte de la tribu se alistaba ya para emprender el viaje.

---

* *Tucychawa*: Jefe, cacique.

** "Lugar no identificado. En la región existen varias alturas con el nombre de cerro de la Luna, por ejemplo una al norte del Mitú en las cercanías del río Kerary. Es muy posible que sea ésta, ya que no está muy distante del río Airí, lugar donde se desarrollan algunos episodios de la leyenda". (PRL).

[3] *Ita*: piedra, *tuixáua*: jefe. (Stradelli). "No hay que confundir el *itátuychaua* con las *muyrakitan*, usadas por varias tribus del Amazonas. Estas últimas son de jade y nefrita. Tampoco hay que confundir esta última con el berilo verde que se llama *piedra del Amazonas*..." (PRL).

Empero la dirección de las cosas en gran parte estaba en manos de las mujeres, por lo que pronto hubo opiniones diversas que dividieron a la tribu en dos bandos.

Unos querían que la tribu en masa fuera a buscar la piedra; otros que fueran los hombres solos, ya que las mujeres no podían tocarla.

Discutiendo pasaron otra luna, hasta que la desaparición de Yurupary vino a poner fin a la disputa.

¿Qué le había ocurrido entre tanto a Yurupary?

Su madre lo ignoraba.

Había desaparecido, pero nadie en el pueblo sabía cómo.

Las mujeres culparon a los viejos del rapto de Yurupary, y después de interrogarlos inútilmente, les ordenaron que devolvieran al niño en el término de un día, con la amenaza del "suplicio de los peces", si no lo hacían; es decir, de ser atados dentro del agua, con la cabeza fuera, y de ser heridos para que los peces, atraídos por el gusto de la sangre, los devoraran.

Y temiendo que se escaparan, los ataron prontamente, quitándoles así toda esperanza de salvación.

Para todos se hacía larga la noche, preocupados como estaban por los acontecimientos, y nadie dormía aún en el pueblo, cuando se oyeron claramente en la selva los sollozos de Yurupary, justamente en la dirección del árbol de *pihycan*.

Acudieron en grupo y ya sentían nítidamente la respiración afanosa del niño, cuando de repente todo quedó en silencio.

Buscándolo por todas partes examinaron el árbol rama por rama, los arbustos, las plantas cercanas, pero no encontraron nada que los pusiera sobre la pista del niño, y sólo abandonaron la selva al oscurecer.

En la noche, a la misma hora, y en la misma dirección se oyeron otras vez los sollozos de Yurupary.

Buscaron, siguieron buscando, resueltos si era necesario a no hacer otra cosa toda la vida, pero no tuvieron mejor suerte.

La tercera noche asediaron el árbol de *pihycan,* pero grande fue su sorpresa cuando sintieron que los sollozos sonaban entre ellos, sin que se pudiera descubrir de dónde procedían.

Los sollozos eran tan conmovedores que hacían mal.

Asustados por lo extraño del hecho, abandonaron apresuradamente el monte, jurando no volver nunca más a ese lugar en busca de Yurupary.

No por eso cesaron los llantos; y aunque los habitantes del pueblo ya no se ocuparon más del niño, la infeliz Seucy, retirada en la cima más alta de la montaña, lloraba a su criatura, y oyendo los sollozos del hijo se adormecía hasta los primeros albores del día.

Pasaron así tres noches.

Una mañana al despertarse sintió que sus pechos ya no contenían la leche que los hinchaba al dormirse.

Quiso aclarar el misterio y se prometió estar en vela, pero cuando comenzaban los sollozos de Yurupary, un invencible sopor se posesionaba de ella y la adormecía en profundo sueño.

Cuando despertaba, sus pechos estaban desprovistos de leche.

Nunca supo quién se alimentaba con la leche de sus senos durante el profundo sueño.

Así pasaron dos años, pero al comenzar el tercero, en vez de sollozos eran cantos, eran gritos, era la risa de un alegre muchachito, lo que la pobre sentía resonar en las montañas; eran carreras, eran luchas con seres desconocidos, que a menudo sentía repercutir muy cerca de ella.

Y mientras él crecía entre las montañas de Tenui, invisible pero fuerte y robusto, la pobre envejecía, y cuando quince años después Yurupary vino a ocuparse de ella, aún estaba allí, indiferente a todo, sentada en el mismo lugar donde tantas noches, sin saberlo, lo había amamantado.

Fue en el tiempo en que los *bacabes* [4] estaban maduros, una noche de luna, noche en que volvió a bañarse en el lago la Seucy celeste, cuando reapareció Yurupary en el poblado en compañía de su madre, la Seucy de la tierra.

Era un hermoso jovencito, hermoso como el Sol.

Apenas supieron el regreso de Yurupary, los tenuinas, recordando que era el *tuixáua* elegido, trataron de entregarle sin demora los ornamentos de jefe, aunque les faltase la *itá-tuixáua*.

---

[4] Frutos de una palmera. (Stradelli). "Se le cita también en la leyenda con el nombre de *yaucaua*". (PRL).

La víspera de su regreso, Yurupary había recibido de manos del Sol un *matiry*[5] en el que estaban contenidos todos los poderes que le serían necesarios para llevar a cabo la reforma de las costumbres.

Se sonrió pensando en los engaños de las ambiciosas mujeres, dándose cuenta que aunque la población estaba compuesta de una buena cantidad de hombres, hermanos de la Seucy de la tierra, no tenían sin embargo ningún poder decisorio, tanto se doblegaban a la voluntad materna.

La noche siguiente de su llegada, al son del *nembé, maracá, iauty* *, los tenuinas fueron a la casa de Yurupary a ofrecerle los ornamentos de jefe.

Yurupary no los quiso aceptar porque no estaban completos, pero ordenó a los hombres que a la noche siguiente se presentaran en la Sierra de Canuké, a orillas del lago Muypa, donde debían discutir intereses comunes.

Las mujeres, que hasta entonces eran las únicas que dirigían los asuntos del pueblo, quedaron descontentas al ser excluídas de la futura reunión y se prometieron deponer a quien en tan mal momento habían elegido *tuixáua,* disculpándose por ello en el hecho de que él aún no había recibido los ornamentos de jefe.

Esa misma noche sacó Yurupary de su *matiry* una pequeña ollita y un pedazo de *xicantá*[6] que puso sobre el fuego dentro de aquélla.

---

* "El *mmeby* es un pífano hecho con la tibia de un venado. La *maracá* está fabricada generalmente con el mesocarpio leñoso entero del totumo *Crescencia Cujete* [...] el cual se ha vaciado de su contenido interior y se le han introducido semillas y piedrecitas [...] Es un instrumento no solo usado en los bailes, sino también en casi todas las ceremonias rituales [...]. *Iauty*- Es otro instrumento musical". (PRL).

[5] Especie de bolsa donde el indio lleva muchos pequeños objetos necesarios para los usos corrientes. (Stradelli). "Aquí vemos a Yurupary reuniendo en sí las dos potestades de *tuyçhaua* y de *payé* que generalmente se hayan separadas". (PRL).

[6] Especie de resina. (Stradelli). "Chicanta- Puede identificarse como la resina del *Protium caranna* (Humboldt)". (PRL).

Con el primer hervor salió una cantidad de murciélagos, lechuzas y otros pájaros semejantes que se dispersaron en el espacio.

Del segundo hervor nacieron guacamayas, papagayos, periquitos y otros pájaros por el estilo, que también se dispersaron en el aire.

Del tercer hervor surgió una cantidad de pequeños gavilanes, y por último el *uirá-uassú* [7], por medio del cual Yurupary se transportó a la Sierra del Gancho de la Luna.

Rápidos como una flecha llegaron a la montaña donde estaba sentada la bella Renstalro [8], que tenía en la mano del corazón los ornamentos de plumas y en la otra la *itá-tuixáua.*

Renstalro misma invistió a Yurupary con los ornamentos de jefe sin proferir una sola palabra.

Cumplida la ceremonia, Yurupary volvió al pueblo con las primeras luces del alba, por lo que nadie se enteró del gran suceso.

Durante el día las tenuinas trataron de enterarse a toda costa, por medio de espías, de lo sucedido en la reunión secreta de Yurupary. Con tal fin fueron elegidas las que no tenían niños pequeños.

Ya todos estaban reunidos en la Sierra de Canuké cuando apareció Yurupary vestido de *tuixáua.* Deslumbraba con sus magníficos ornamentos.

Les habló de los asuntos que tenían en común, ordenando en especial que cultivaran la tierra, y reveló las leyes que debían ser mantenidas en secreto y que regularían su conducta de ahí en adelante.

Comenzó declarando que sus leyes durarían con el nombre de Yurupary mientras el Sol iluminara la tierra, y les prohibió terminantemente a las mujeres participar en las fiestas de los hombres cuando estuvieran presentes los instrumentos especiales que debían distribuírse en la próxima reunión inaugural.

La violadora de esta proscripción sería condenada a muerte, y el castigo sería ejecutado por quien primero tuviera conocimiento del delito, aunque fuera su padre, hermano o marido.

---

[7] Aguila.

[8] Nombre tariana de la luna.

El hombre que mostrara los instrumentos, o revelara a una mujer las leyes secretas vigentes, sería obligado a envenenarse, y si se negara a hacerlo, correspondería al primero que lo encontrara darle muerte, bajo pena de merecer el mismo castigo.

Todos los jóvenes que alcanzaran las edad de la pubertad deberían conocer las leyes de Yurupary y tomar parte en las festividades de los hombres.

Las fiestas tendrían lugar:

Cuando la *chunaquyra* [9] fuera desflorada por la Luna [10].

Cuando debiera comer la fruta del *pihycan*.

Cuando debiera comer caza del monte.

Cuando debiera comer carne de pescado grande.

Cuando debiera comer pájaros. Pero todo esto después de que la *chunaquyra* hubiera pasado una luna entera, esperando su hora, y alimentándose de cangrejos, *sauba* * y *bejú***, sin verse ni tener contacto con hombre alguno.

Cuando se celebrara el *dabacury* *** de fruta, pescado, caza u otro, en prenda de buena amistad.

Cuando se terminara un trabajo fatigoso, como derribar árboles, construir casas, plantar *roço,* u otra labor semejante.

Todos los ejecutantes de Yurupary llevarían en la mano una *capeia* [11] para castigarse recíprocamente en recuerdo del secreto que deberían guardar.

Todos aquellos que recibieran algún instrumento de Yurupary (lo que sucedería durante la siguiente luna llena), estarían obligados a ir a enseñar por todas las tierras del Sol, no sólo las cosas ya dichas, sino también las que serían enseñadas en la fecha inaugural.

---

* *Saúva*: especie de hormiga comestible.

** *Beiju*: *comida hecha de tapioca.* "El *beyú* es el *casabe* de las Antillas. Torta hecha con la fécula de yuca (Manihot)". (PRL).

*** Es una gran fiesta que sólo se da entre naciones o tribus en la época de los solsticios en signo de amistad o de paz". (PRL).

[9] Virgen.

[10] Tuviera la primera menstruación.

[11] Vara flagelante, en baniwa.

Al terminar la reunión el *tuixáua* Yurupary lloraba, pero nadie se atrevió a interrogarlo.

Cuando más tarde descendieron de la montaña, encontraron a lo largo del camino a las mujeres que habían ido a espiar y las vieron transformadas en piedras.

Todas conservaban la apariencia que tenían cuando estaban vivas.

¿Quién las había reducido a tal estado? Jamás lo supo nadie exactamente. Lo cierto es que allí quedó también la misma madre de Yurupary. Quedó con la cara vuelta hacia el Oriente, señalando con la mano del corazón en dirección del Lago Muypa y con la otra hacia el árbol de *pihycan,* rejuvenecida, y con una sonrisa maliciosa en los labios.

Después de un castigo tan riguroso, las tenuinas, en vez de sentirse espantadas, se exasperaron aún más contra Yurupary, a quien ahora llamaban Buscan[12], y juraron acabar con él para poder seguir gobernando según su propio capricho.

Yurupary, para evitar nuevos castigos, decidió mandar construir una casa bien lejos del lugar donde vivían, para poder celebrar allí sus reuniones.

Llamó con tal propósito a cinco viejos de la tribu y les dio las órdenes y las instrucciones necesarias para que se trasladaran a las riberas del Aiarí[13] y construyeran una casa con todas las comodidades deseadas.

—Pero partan de noche —les dijo Yurupary— para que nadie en el pueblo lo sepa, y cuando estén ya bastante lejos de aquí, llévense esta *pussanga*[14] a la nariz y en un instante se encontrarán transportados por las nubes al Aiarí.

Apenas llegó la luna a la mitad de su curso, los viejos salieron del pueblo, y cuando estaban ya bien lejos, cada uno se llevó

---

[12] Corazón duro, en dialecto uynamby.

[13] [Aiari]: Pequeño tributario del Isana.

[14] Talismán, fetiche (Stradelli). "Dos clases de talismanes tienen estos indígenas, la *Pussanga* que emplean para hacer el bien y la *maracaimbara* para el mal". (PRL).

a la nariz sus uñas de tardígrado * (éste era el talismán que habían recibido) y antes de que pudieran pensarlo, se encontraron transportados sobre una roca en la orilla del Aiarí.

Como en dicho sitio no había nada que pudiera distraerlos, el mismo día eligieron el lugar donde se construiría la casa, y fue decidido, por la mayoría de los viejos, que debía levantarse sobre esa misma piedra.

Cuando apareció el sol del día siguiente, iniciaron el trabajo, comenzando por las puertas que acabaron el mismo día.

Al otro día cavaron las habitaciones que estuvieron listas antes de que llegaran las sombras de la noche.

El tercer día hicieron los asientos y los otros accesorios que fueron terminados antes del anochecer.

Así, en tres días, la *Yurupary-oca* ** quedó lista y esto porque la piedra estaba aún *iaquira* [15].

Faltaban quince días para la llegada de Yurupary y los viejos resolvieron aprovechar el tiempo explorando los alrededores.

Con el primer canto del *buá-buá* [16] se metieron en el bosque, en dirección del Oriente. Caminaron el espacio de un grito *** encontrando un ancho camino que siguieron, y de repente oyeron ruidos, cantos y risas.

—Compañeros —dijo uno de los viejos—, aquí cerca hay una aldea, ¿qué debemos hacer?

Ir hasta allá —dijeron los otros—. Estemos seguros que no nos tomarán por enemigos, y llegaremos en buena ocasión; la música nos dice que están en tiempo de fiesta.

—¡Entonces vamos!

---

* "El tardígrado de que aquí se trata no es otro que el perezoso o perico ligero". (PRL).

** Casa de Piedra de Yurupary.

*** "Un grito, o sea donde más lejos alcanza la voz humana, lo computaban los indios como medio kilómetro". (PRL).

[15] Blanda, no dura todavía.

[16] Especie de sapo. (Stradelli). "Puede identificarse con el *Bufo Aqua* [...]. Es el mayor batracio viviente, alcanza 23 centímetros [...] su grito semeja un ladrido fuerte". (PRL).

Apenas los viejos tenuinas fueron descubiertos por los nunuibas, salió a su encuentro para recibirlos un grupo de bellas jovencitas que los invitaron a tomar parte en la fiesta, celebrada en ocasión de la boda de la hija del *tuixáua*.

Nunuiba en persona vino a saludar a los recién llegados y los condujo a la sala de la danza, dando a cada uno una maraca, signo de amistad y de paz cuando viene de las manos de un jefe.

Después de beber algunas *cuia* * de *cachirí* ** y de *capypinima* *** entraron también los viejos en el círculo de las danzas, teniendo cada uno una graciosa joven a su lado.

Estas desplegaban en el baile todos sus encantos y con halagos y palabras trataban de excitar a sus viejos compañeros.

Dictaba el uso de los pueblos del Sol que no se rehusase nada de lo que era ofrecido y los viejos bebieron sin medida y terminaron embriagándose. Uno de ellos dejó escapar estas imprudentes palabras:

—¡Qué buena tierra es ésta donde las jóvenes son todas hermosas como lo era nuestra Seucy! ¡Pero quién sabe si mañana estarán maldiciendo nuestra llegada a causa de la ley de Yurupary!

Dicho esto, se durmió.

Pronto las imprudentes palabras corrieron de boca en boca, produciendo el efecto de un remolino en la cascada.

—Se trama una traición contra nosotras, —dijo una de las nunuibas—. Debemos tratar de descubrirla pronto para tener el corazón tranquilo. Mañana cada una de nosotras, aquí o en su casa, debe obligarlos a revelar lo que se trama contra nosotras, por medio de seducciones o de sorpresas.

Aprobado el plan, decidieron que algunas de ellas irían al día siguiente a la casa de los viejos.

Y así se hizo.

Cuando los viejos volvieron a su casa, ya estaban allí las más hermosas muchachas del pueblo, apenas salidas del baño.

---

* *Cuia*: vasija, taza, totuma.

** Chicha preparada con el jugo de la mandioca (yuca amarga), fermentada.

*** Capinipirima (Capy). Alucinógeno.

Abrazándolos afectuosamente, los condujeron de inmediato al interior de la casa, donde ya habían preparado las hamacas y el *cudiary* * con la más blanca y sana mandioca recogida por ellas mismas.

Terminada la ligera merienda, los viejos buscaron reposo sobre sendas hamacas; pero no era esto lo que las astutas jóvenes deseaban.

Con mil seducciones y artes diversas intentaron en vano hacer revivir los muertos sentidos de los pobrecitos.

Todas sus artes, todas sus seducciones se vieron frustradas; y al caer la noche las muchachas se retiraron sin haber podido obtener nada, prometiéndose, sin embargo, volver al día siguiente.

Los viejos se quedaron mirándose entre sí, desalentados, sin cambiar una palabra, hasta que la madre del sueño vino a transportarlos al mundo de la imaginación; esa madre que a pesar de ser vieja y fea es amada por todos los vivientes.

Pero si los viejos hicieron tan mal papel durante el día, en el sueño las cosas cambiaron.

Los papeles se invirtieron.

Eran ellos ahora los osados y ardientes y ellas las débiles y frías y fueron vencidas en el segundo asalto.

Al día siguiente, al salir el sol, las jóvenes llegaron a la *Yurupary-oca* y encontraron a los viejos aún sumidos en el sueño. Aprovechando la ocasión se les metieron en las hamacas.

Sucedió entonces que al despertar los viejos, con el Sol ya alto, encontraron entre sus brazos a las mismas jóvenes con quienes habían compartido sus imaginarios goces durante la noche.

Fácilmente se convencieron de que no había sido un sueño, sino que era realidad.

Y las astutas jóvenes, que conocían el engaño en que los viejos habían caído, lejos de tratar de disuadirlos hacían más apremiantes sus insinuaciones.

—¿Por qué no diste satisfacción a mis deseos ayer, cansándome en cambio con caricias esta noche?

* "Curadá- Es un casabe hecho con tapioca". (PRL).

Y las palabras eran acompañadas con besos y caricias.

—Amigos, el día pasa sin sentirlo, ¡vamos a comer!

Unos momentos después comían, teniendo cada uno a su lado el fruto de su mal sueño.

Las nunuibas, que más con el *capy* y el *cachirí,* que con las caricias y los besos, esperaban alcanzar lo deseado, forzaban a los viejos amantes a beber copiosamente del *curupy* [17], lo que ellos alegres y contentos no trataban de evitar.

El Sol estaba ya en el mediodía cuando terminaron, y los viejos fueron inmediatamente a las hamacas a donde los siguieron las jóvenes.

La embriaguez da cierta audacia que excita hasta los más fríos.

Ahora eran los viejos quienes trataban de incitar a las jóvenes y como no podían con otra cosa, era con los dedos que delicadamente las estimulaban, hasta que cada una se sintió transformada en una húmeda fuente.

Y los viejos se calentaban con el juego, y Ualri [18], para quien el placer era más intenso, comenzó a lamentarse de la rigurosa ley de Yurupary, hasta que poco a poco descubrió todos los secretos.

Y así, a causa de la involuntaria revelación de Ualri, las nunuibas alcanzaron su propósito.

Cuando los viejos se durmieron, ellas se retiraron y volvieron a su aldea repitiendo lo que habían oído.

Desde ese día las nunuibas no volvieron más a la *Yurupary-oca.*

Los viejos, acostumbrados a aquella compañía, pasaban el tiempo lamentándose de tanta ingratitud.

El recuerdo era insidioso y todos los días tenían noticias de las hermosas nunuibas por unos muchachos que venían a bañarse en el río.

Una mañana, encontrándose Ualri con un grupo de ellos, les preguntó a dónde iban.

—A recoger *uakú*—, [19] respondieron.

---

[17] Vaso especial para el *capy.*

[18] *Tamandua* [oso hormiguero], en baniwa.

[19] Fruto de una leguminosa gigantesca. (Stradelli). "*Uacuicuyua* es el árbol que produce el fruto *uacú*" (PRL).

—Yo también voy con ustedes —dijo Ualri—; quiero enviarle una canasta de lo mismo a la ingrata Diadue.

—Vamos, —dijeron los jóvenes—, aquí cerca hay un árbol muy cargado de fruta; alcanzará para todos.

Como el *uacuiucuyua* era muy grande y los *curumy*[20] no podían trepar, le pidieron al viejo que se subiera para que les tirara la fruta.

Y el viejo les hizo caso, pero advirtiéndoles que no encendieran fuego bajo el árbol.

Ya Ualri estaba tumbando a palos el *uakú* de entre las ramas, cuando los muchachos encendieron una gran hoguera para tostar allí los frutos.

La fruta es muy aceitosa y en un instante un denso humo invadió el árbol.

A punto de sofocarse, y no sintiéndose muy bien, Ualri apenas tuvo tiempo de tomarse de las ramas para no caer, sin acordarse en ese momento del amuleto que llevaba al cuello.

Los *curumy* comían la fruta tostada sin imaginarse los padecimientos que sufría el viejo. Sólo cuando estuvieron satisfechos, apagaron el fuego.

Cuando el humo se disipó, notaron que de las ramas del árbol descendía una gruesa liana hasta el suelo, que antes no estaba allí, y por ella vieron descender a Ualri.

—Abuelo, ¿qué liana es ésa que te ha servido de escalera?

Ualri-puy[21] —respondió él furioso—. Ya no se acuerdan que me estaba sofocando con el humo. Que quede esto como constancia de que unos pícaros querían matar a un viejo.

Se llevó a la nariz su amuleto, y pidió lluvia, relámpagos y truenos que de inmediato le fueron concedidos.

Y los muchachos corrían de un lado a otro para protegerse del temporal.

Ualri desde la selva los llamó diciéndoles que allí había una casa donde podían protegerse.

---

[20] Jovencitos, en lengua franca (general).

[21] Baba de tamandoá. (Stradelli). "Puede identificarse con el bejuco llamado Escalero, o de Cadena, *Bauhinia splendens*". (PRL).

Y se llevó el amuleto a la nariz y pidió ser transformado en casa, y se volvió casa, y los *curumy* entraron, y cuando el último hubo entrado, se cerró la puerta, y los muchachos de esta manera quedaron en la panza de Ualri, nuevamente convertido en hombre.

Y éste fue el castigo que Ualri les dio a los malvados muchachos.

Cuando llegó la noche y los nunuiba no vieron regresar a los muchachos que habían ido a recoger *uakú,* fueron con las madres de los desaparecidos a dar nuevas del hecho al *tuixáua.*

Y el *tuixáua* mandó llamar al *payé* para interrogarlo.

Y el *payé,* después de haber bebido un poco de *caragirú* * de la luna, y de haber encendido su cigarro de *tauary* **, fue al desembarcadero para hacer los conjuros necesarios.

Cuando volvió dijo:

—Los *curumy* están en la panza de uno de los viejos que viven en la piedra; fueron tragados durante el temporal de hoy. Para salvarlos es necesario preparar mucho *capy* y mucho *cachirí* con qué emborrachar mañana a esos viejos para ver si el que los ha tragado los vomita.

E inmediatamente todo el pueblo puso manos a la obra para preparar las bebidas deseadas.

Y el *payé* se subió al techo de la casa, desde donde sopló grandes nubes de humo de su *tauary* hacia el lugar en el que se encontraban los viejos, mientras aspiraba bocanadas de *caragirú* de la luna.

Entre tanto Ualri, después de su terrible venganza, no se quitaba el talismán de la nariz.

Cuando la noche se dirigía hacia el alba, todos sus huesos parecían transformarse en instrumentos, y se oían claramente los sonidos que de ellos salían.

---

* "*Caragiru* (*sic* por *carayuru*), *Bignonia chica* o *Lundea chica*: un bejuco de cuyas hojas se extrae un polvo bermejo, que da una tinta con la cual se pintan los indios, y sirve para teñir sus tejidos, curar algunas dolencias y preparar algunos encantamientos". (PRL).

** *Tauarí*: de este árbol los indios extraen la corteza para envolver el tabaco de los cigarros.

Sus compañeros supieron entonces que en Ualri sucedía algo extraordinario.

Y Ualri, antes de que asomara el Sol, salió de casa y voló.

El *payé* que estaba aún sobre el techo de la casa del *tuixáua* vio a Ualri y lo oyó al pasar por el pueblo.

Apenas cantó el *buá-buá,* las jóvenes partieron para la *Yurupary-oca,* y a su llegada encontraron a Ualri ya de vuelta. Diadue, previamente instruída por el *payé,* lo abrazó con grandes muestras de afecto.

—Queridos amigos, venimos a invitarlos a ir al poblado; todo está listo, sólo falta su presencia para comenzar la danza; no dejemos pasar el tiempo.

—Vamos—, respondieron ellos.

Cuando se aproximaban al poblado, Ualri soltó el brazo de Diadue y voló sobre una palmera, y sus huesos comenzaron a tocar una música festiva, que era desconocida por todos.

—Ahora, —dijo Diadue—, bebamos y dancemos; aturdamos nuestros corazones hasta mañana.

Y el *cachirí* y el *capy* se ofrecían con más frecuencia, pero hasta la noche Ualri se conservó lúcido, en tanto que sus compañeros ya desde hacía mucho estaban embriagados.

Y el *payé,* que con un soplo había hecho que las bebidas fueran más fuertes que de costumbre, estaba maravillado viéndolo resistir tanto.

Y Ualri bebía, bebía y no sentía nada, y cuando llegó la noche voló a la *Yurupary-oca.*

—Ahora, —exclamó el *payé*— es el momento de quitarle el amuleto que lo protege, ahora que va a estar adormecido un instante; pero es necesario ponerse ya en camino.

Diadue pronto se puso en camino con algunas compañeras, y cuando llegaron a la casa, Ualri ya estaba en pie y de sus huesos salía aquella música festiva que ya habían oído, pero que era desconocida por todos.

Y el *urutauy* [22] comenzó a chillar sobre el camino y volvió a volar en el pueblo.

---

[22] Pájaro nocturno. (Stradelli). "*Urutauy* (*sic* por Yurutahy), *Yuru,* boca, *tahy* por *cai,* extendida, abierta, el boca grande *Urutaú, Uiratauh* de otros, o pájaro fantasma ...". (PRL).

Y Diadue y sus compañeras corrieron de vuelta, y cuando llegaron a la sala de la fiesta, Ualri estaba sentado en un extremo y de sus huesos aún salía aquella música festiva ya oída, pero ahora en tono muy bajo.

El *payé* dijo entonces al *tuixáua* que los muchachos acababan de morir.

—Y ahora, terminemos con él para dar un ejemplo a sus compañeros, antes de que se nos escape y sea imposible hacerlo.

Y untó de *manufá*[23] a quienes debían atrapar a Ualri, pues éste era el único antídoto contra la *maracaimbara* que lo defendía.

Y ordenó a Diadue que durante la lucha y aprovechando un momento favorable, tratase de sacarle a Ualri la *maracaimbara* que escondía en la nariz.

Se hizo como se había dicho.

Cuando el Sol llegó a la mitad del cielo, el *payé* entró en la sala y se precipitó inmediatamente sobre Ualri, y los dos se convirtieron en uno y cayeron al suelo.

Los hombres, que estaban escondidos en la sala de ayuno de las muchachas, corrieron al lugar de la lucha provistos de cuerdas para atar a Ualri.

Diadue se le arrojó rápidamente a la cabeza para arrebatarle el amuleto, pero él, conociendo su intención, con un supremo esfuerzo se quitó con una mano la *maracaimbara* de la nariz y se la tragó.

De los huesos de Ualri, en el ardor de la lucha, salió una música espantosa.

Sus compañeros, soñolientos y con la mente pesada por la borrachera, asistían a todo con los brazos cruzados.

Después de una lucha de dos medidas de tiempo, Ualri quedó vencido porque el *payé* le echó encima una *cuia* de *manufá* rallado que le hizo perder la fuerza.

Y fue atado y arrastrado al centro de la sala, y entonces preguntó a sus enemigos:

—¿Por qué me hacen esto?

---

[23] Planta usada por los indígenas como perfume y como medicina contra las hemorragias.

—¿No sabes por qué? ¿Qué has hecho con los muchachos que fueron a recoger *uakú*?

—¿Es por eso? Ellos me quisieron dar muerte y yo me vengué.

—Si ellos atentaron contra tu vida, no fue a sabiendas, —dijo el *payé*—; eran jóvenes inocentes y sólo conocían dos cosas en la vida: la dulzura de los frutos que buscaban en el bosque para comer y la dulzura del seno de sus madres donde de noche se dormían, cansados de las fatigas del día.

Quisiste ignorarlo, y, por lo tanto, morirás, pagando con la vida la maldad de tu corazón. Morirás cuando los *uacuráua* * comiencen a volar sobre nuestras cabezas.

—Ya que debo morir, —dijo Ualri—, que me pongan boca arriba sobre una hoguera. Y cuando mi cuerpo esté ardiendo, te ruego que vengas a mirar encima de mi vientre, porque es de allí que saldrá mi amuleto; tómalo y dáselo a Diadue como recompensa de su traición.

Y cuando el Sol desaparecía y los *uacuráua* comenzaban a volar, llevaron al condenado al lugar del suplicio.

Y a lo largo del camino de sus huesos salía una música nueva, y el *payé* dijo al *tuixáua*:

—Es la música de Yurupary.

Y cuando Ualri vio la hoguera sobre la cual debía morir, exclamó: —Ingrata Diadue! ¡No sabía que tu belleza me costaría tan cara! Pero ten la seguridad, y grábate bien esto en la mente: ¡mañana seré vengado!

El Sol había desaparecido y numerosos sobre la cabeza de los nunuibas volaban los *uacuráua,* cuando el *payé* hizo arrojar sobre la hoguera al condenado.

De la boca de Ualri no se escapó un solo gemido.

Cuando su cuerpo comenzó a arder, el *payé* se aproximó para ver si de la boca salía la *maracaimbara.* En ese momento oyeron un ruido espantoso que estremeció la tierra, y del vientre de Ualri salió una *passyua* [24] que se remontó hasta tocar el cielo.

---

* "Pájaro nocturno". (PRL).

[24] Especie de palmera.

Al mismo tiempo, un viento impetuoso barrió parte de las cenizas de Ualri y las depositó en la selva vecina, y cuando todo volvió a la calma, salieron de ella gritos y cantos como de gente.

Los que presenciaban esto, huyeron asustados al ver tantas cosas extraordinarias en tan poco tiempo.

El *payé* fue el único que permaneció al lado de la hoguera, fumando su *tauary,* escrutando el futuro con su imaginación.

En el pueblo nunuiba nadie durmió esa noche esperando el regreso del *payé,* pero llegó el día y el *payé* no apareció.

Entonces el *tuixáua* nunuiba resolvió ir a buscarlo con sus guerreros, y cuando se aproximaron a la colosal palmera, oyeron claramente la voz del *payé* que decía:

—Ni un paso más si no quieren experimentar el dolor que yo sufro. De las cenizas de este *myra uçarra*[25] no sólo nació un nuevo tipo de gente, sino también una infinidad de animales venenosos, contra los cuales mi ciencia casi nada puede hacer. Y esta nueva gente me ha arrojado piedras toda la noche. Ni mi *tauary* ni mi *caraiurú* pudieron ayudarme a palparles la sombra; estoy vencido, ellos son más poderosos que yo. Estos animales que están sobre mi cuerpo son terribles.

Pero el *tuixáua* y sus guerreros no prestaron atención a sus advertencias y se aproximaron.

A pocos pasos de la palmera, contra Nunuiba y sus guerreros se lanzaron serpientes e insectos venenosos de toda clase, y por más que eran hábiles, no pudieron escapar y fueron todos mordidos; y apenas mordidos, se revolcaron en el polvo.

—Ahora, —dijo el *payé*—, sufran las consecuencias de su obstinación, hasta que aparezca una mujer que les dé el remedio.

Todos los ojos se volvieron en dirección al poblado.

—Diadue viene hacia acá. Que vaya ella al *ygarapé** y que vuelva con agua.

Y cuando la orden le fue transmitida, Diadue fue al *ygarapé* y

* *Igarapé*: canal de agua para las canoas.

[25] Antropófago.

volvió con un *curuatá* * lleno de agua y lo puso a los pies del *payé*.

—Ahora —dijo éste— siéntate encima y lávate las partes genitales, y dáme luego a beber el agua.

Y así hizo Diadue, y cuando el *payé* hubo bebido, en aquel preciso momento cayeron al suelo todos los animales que lo atormentaban y cesaron todos los dolores.

Y pasó el agua a los compañeros que fueron rápidamente liberados, mientras las tocandiras **, las arañas, las serpientes y los otros animales venenosos quedaron mortalmente envenenados.

—Antes de dejar estos lugares, donde además de la gente invisible, sin ley ni corazón, tuvieron origen todos estos animales venenosos que antes no existían, óiganme y sepan:

Contra ellos todos poseemos el antídoto: el hombre para la mujer, la mujer para el hombre, pero ninguno se puede curar por sí mismo; es suficiente el contacto de la parte ofendida con el órgano sexual del sexo opuesto, o con el agua donde éste fue lavado, si no se puede de otra manera.

Estas hierbas que van saliendo alrededor de la *passyua* son todas terribles *maracaimbara* si se usan para el mal, amuletos si son utilizadas para el bien.

La raíz de esta liana es un veneno potentísimo, y unido a la ponzoña de estos insectos bastará que sea puesto en contacto con la sangre para que mate instantaneamente; es el *wirary* ***.

Pero también tiene su antídoto: los excrementos humanos, algunos gusanos de la playa, la sal, la espuma de las cascadas; disueltos en agua y bebidos, sanarán a quien los tome.

Pero en cuanto a esta nueva gente, que de ahora en adelante llamaremos *Uancten-mascan* [26], ellos serán desde ahora enemigos de todos los hijos del Sol.

---

* "Vasija para cargar agua; es el calabazo, hecho con el exocarpio leñoso de varias especies de cucurbitáceas, puede ser también la mícura, vasija de barro usada para el mismo fin". (PRL).

** "*Tocandiras* (*sic* por *Tocandeiras*) *Cryptocerus atratus*. La picadura de esta hormiga cuesta a la víctima largas horas de dolor". (PRL).

*** "Uíarary, palabra que significa veneno, pero que por antonomasia se designa con ella el *curare*". (PRL).

[26] Gente de Yurupary, en dialecto tukano.

Son seres fuertes, superiores a mi poder, y con toda mi ciencia de *payé* no puedo palpar su sombra.

Después de lo dicho, volvamos al pueblo, pero cada uno ponga atención a su propia cabeza; los *Uancten-mascan,* aunque invisibles, nos echarán tantas piedras, que será difícil que no quede alguien herido.

Diadue recibió una gran pedrada que dio con ella en tierra, desvanecida.

El *payé* y el *tuixáua* la condujeron a casa.

La paz del pueblo fue turbada toda la noche por rumores de gente invisible.

Diadue sanó con el tiempo, pero la herida le cambió completamente la cara.

Aquella faz que había sido el espejo de la belleza nunuiba, era horrible.

Y pocas lunas después, Diadue, habiendo ido a bañarse donde el agua se empoza al pie de la cascada, se espantó de su propia fealdad que se reflejaba en el agua, y desesperada se arrojó en los remolinos donde desapareció para siempre.

Yurupary tuvo noticias del triste fin de Ualri. Una mariposa negra se le posó en la mano y le dejó una gota de sangre caliente; él sintió que de pronto perdía el valor.

Estaba triste en aquel lugar, donde una penosa obligación de justicia lo había hecho castigar a su propia madre.

¿Qué había sucedido en las orillas del Aiarí?

En sus manos estaba saberlo, recurriendo al *matiry;* pero se adueñó de él un desaliento profundo que casi se convirtió en locura.

Sonaban rumores siniestros por la montaña, acompañados de lamentos dolorosos.

Cuando dormía, se le aparecían sus víctimas mofándose de su *acangatara*[27], y muchas veces hasta le escupieron el rostro. El soportaba todo con resignación.

---

[27] Insignia de plumas con la que los jefes se adornan la cabeza.

Su madre estaba siempre a la cabeza de las mofadoras.

En tanto, las tenuinas no dejaban de conjurar contra él y trabajaban día y noche para sublevar a sus hijos contra Yurupary. Pero éstos, más prudentes que ellas, rehusaban obedecerlas, mostrando para justificarse las figuras de las mujeres convertidas en piedras, donde se veía esculpida la historia de su falta de prudencia.

Y ante tantas dificultades, Yurupary se sentía cada vez más desanimado, y un día casi enloquecido se dirigió al lugar donde estaban sus víctimas y se arrojó gimiendo a los pies de su desventurada madre; después se desvaneció.

Al volver en sí, el Sol brillaba sobre el rostro de su madre; entonces recordó que tenía una misión que cumplir.

Abrazó aquella fría mujer de piedra, hizo una promesa reafirmada por sus sollozos, y descendió al poblado.

Cuando al día siguiente el Sol llegó al cenit se oyó el *tauté*[28] convocando a los hombres a una reunión.

Los hombres se reunieron y cuando estuvieron todos juntos, Yurupary dijo:

—Cuando *Iacy-tatá*[29] esté alta como una mano alzada, quiero que todos se dirijan al lugar de nuestra primera reunión. Deberán salir de casa sin que sean sentidos por las mujeres.

Pero antes deberán bañarse en el lago y refregarse el cuerpo con hojas de *genipá*[30], y al volver a casa cada uno deberá meterse en la boca un puñado de *uosca*[31], teniendo cuidado de mantenerlo allí hasta estar en mi presencia. El que no obre según mis palabras se volverá mudo.

Y si las mujeres les preguntan para qué fueron llamados, respondan que los llamé para mostrarles un gran *uçá*[32] que cogí en el lago.

---

[28] Especie de tambor enorme.

[29] Venus en nheêngatú (Stradelli). "*Yacy-tatá-*: de *Yacy*, estrella y por antonomasía la luna". (PRL).

[30] Arbusto usado como anti-afrodisíaco.

[31] Maiz, en cubeo.

[32] Cangrejo.

Los tenuinas notaron que Yurupary estaba triste, pues sus ojos indicaban que había llorado. Se daba cuenta que entre su gente podía haber alguno, que enamorado de su mujer, tal vez no sabría guardar el secreto, y para evitar esto fue que ordenó el baño con *genipá* y el maíz en la boca.

Apenas llegaron los hombres a sus casas, las mujeres les preguntaron:

¿Para qué los llamaron?

—Para ver un gran *uçá* que el *tuixáua* pescó en el lago.

¿Entonces es tiempo de que los *uçá* vengan a la tierra?

—Cierto, si salió uno, es probable que salgan muchos.

—Si es así, —dijeron las mujeres—, iremos esta noche a esperar a los *uçá* en la orilla del lago.

Apenas llegada la noche, Yurupary quiso saber qué había ocurrido con su gente en el Aiarí, y sacando del *matiry* una pequeña piedra colorada le pidió que le mostrara lo que había sucedido con los suyos.

Le gustó la *Yurupary-oca,* admiró la belleza de las nunuibas, se rio de los viejos, pero cuando llegó a Ualri y a su venganza, arrojó la piedra contra el tronco que sostenía el techo de la casa.

La piedra se hizo polvo y éste se convirtió en luciérnagas que tiñeron la oscuridad de la noche.

Cuando *Iacy-tatá* llegó a la altura indicada, los tenuinas salieron de sus casas, y las mujeres que estaban esperando a los *uçá* en la orilla del río, ni siquiera sospecharon. Ellos se dirigieron hacia las montañas y cuando llegaron Yurupary estaba ya sentado en el centro de una gran estera de *uaruman* [33], sobre la que ordenó que todos tomaran lugar para oirlo mejor:

—Anoche hice una promesa que debo cumplir, y que todos los que tienen a sus madres al lado de la mía deben también cumplir conmigo.

Fui obligado a dar prueba de mi poder para que también los que no saben obedecer lo respetaran. Estas piedras lo demuestran.

---

[33] Especie de palmera.

Pero esto no fue suficiente y ahora las mujeres que están a la orilla del lago piensan que habiéndome elegido *tuixáua,* sería esclavo de su voluntad; pero los que me oyen saben que he venido para reformar los usos y costumbres de los habitantes de todos los pueblos.

Cuando estemos a las orillas del Aiarí les diré lo que debemos hacer; sin embargo el que no cumpla mis órdenes será castigado de modo terrible.

Calló. La gente, que no se atrevía ni a parpadear mientras él hablaba, esperó que prosiguiera, pero de su boca no salió ni una palabra más.

Miraba distraído a *Iacy-tatá,* casi como si estuviera conversando con ella.

Cuando los tenuinas vieron que ya no había razón para permanecer atentos, fueron a extenderse sobre la estera, hasta que vino la madre del sueño a separarlos de su propio espíritu.

Cuando despertaron con el soplo del viento que murmuraba entre las hojas del bosque, se hallaron todavía en la estera donde se habían adormecido, pero en las orillas del Aiarí sobre la *Yurupary-oca.*

—Sepan que estamos en las márgenes del Aiarí —dijo Yurupary—, y antes de abandonar este lugar, donde desde ahora tendremos nuestras reuniones, les enseñaré lo que hay que hacer, pues no quiero volver a castigar a nadie.

Los hombres deben tener el corazón fuerte para resistir las seducciones de las mujeres, que muchas veces tratan de engañar con caricias, como sucedió con los viejos que envié aquí.

Si las mujeres de nuestra tierra son impacientes, curiosas y charlatanas, éstas son peores y más peligrosas, porque conocen algo de nuestro secreto.

Pocos se resisten a ellas, porque sus palabras tienen la dulzura de la miel de abejas, sus ojos la atracción de la serpiente, y todo su ser tiene seducciones irresistibles que comienzan dando placer y terminan subyugando.

Estas palabras no las digo para hacerlos rehuir el contacto con las mujeres, sino sólo para que puedan resistirlas, y para que ellas

no se apoderen de nuestro secreto que únicamente los hombres pueden conocer.

Ualri, aunque viejo, agobiado por la madurez de sus años y con los sentidos ya fríos, se dejó, sin embargo, seducir por ellas; reveló parte de nuestros secretos, pero pagó con la vida su traición.

Quienes se sientan bastante firmes de mente y fuertes de corazón, podrían afrontarlas.

Y ahora entremos en la casa, pero cuando llegue la noche al centro del cielo deberán reunirse todos aquí.

Cuando entraron a la *Yurupary-oca,* encontraron a los cuatro viejos a punto de morir de hambre.

El día siguiente de la muerte de Ualri se habían ocultado allí, dispuestos a dejarse morir de hambre, pues no encontraban una excusa para justificar la ausencia de su compañero.

Apenas los vio Yurupary, leyó rápidamente su pensamiento, y dijo:

—¿Creen que la muerte puede borrar los errores que han cometido?

No es una vergüenza que un joven sea vencido por una mujer, pero cuando los cabellos blancos dicen que la juventud está ya lejana, es una liviandad digna de castigo.

Y ahora, vayan algunos al bosque y tráiganme hojas de *yuacáua* [34] para poder pescar pronto; es menester salvar a estos viejos insensatos.

Y llegaron las hojas de *yuacáua,* y él las trenzó juntas, y habiendo sacado de su *matiry* un pedazo de resina de *cunauarú* [35], frotó con ella la nueva red y ordenó que fueran a pescar al río.

Cuando los pescadores estaban recogiendo las redes en tierra, saltó del agua una gran cantidad de *iuhy* [36], que entrando por la puerta rápidamente llenó la sala principal.

—Preparen de comer lo de los viejos, y después que cada uno se ocupe de sí mismo.

---

[34] *Aenocarpus bacaba.*

[35] Batracio que, según dicen, hace el nido con resinas de plantas aromáticas.

[36] Ranita pequeña.

Llegó la hora de la reunión, y los tenuinas se encontraron encima de la casa de Yurupary.

—Antes de seguir dando las leyes que deben regir los usos y costumbres de la gente de esta tierra —comenzó Yurupary—, quiero contarles una historia que nos atañe:

"En el principio del mundo el Señor de todas las cosas apareció sobre la tierra y dejó allí un pueblo tan feliz, que pasaba la vida sólo bailando, comiendo y durmiendo.

En aquel tiempo las costumbres de los habitantes de esa tierra no permitían que nadie bailara con una mujer que no fuera la suya, so pena de tener que quitarse la vida por su propia mano, o de ser quemado vivo.

Apenas nacía alguien, los padres le procuraban un compañero para que no estuviera solo más tarde.

Sucedió que las mujeres nacían en mayor número, superando a los hombres, y el *tuixáua* mandó construir un lugar donde se pusiese a las solteras, en espera de que se les pudiera dar esposo.

Y en un lugar separado ponían también a las viudas, y allí esperaban la muerte, ya que se consideraba que con la pérdida del compañero su misión había terminado.

Una jovencita, cansada ya de esperar a que el tiempo le diese esposo, resolvió huir y buscar la muerte en la soledad de la selva como único remedio a la desgracia, ya que no conocía otro poblado donde pudiera refugiarse.

Antes del alba salió del poblado, siguiendo el camino del Sol, y prometiéndose no regresar jamás.

Caminó todo el día y al llegar la noche se refugió en la *sepupema* [37] de un árbol y allí durmió.

Cuando la noche había llegado más allá de su mitad, se despertó y oyó claramente risas y conversaciones de gente.

Al principio pensó que sería efecto del sueño y se llevó las manos a los ojos, pero vio que estaba despierta, y entonces se dio cuenta que efectivamente era gente y que ella se encontraba cerca de una maloca.

[37] Raíz chata.

Oyó perfectamente la voz de un joven que decía:

—Ayer, cuando estaba pescando un *timbí** en el *ygarapé* Dianumion **, vi pasar cerca a una mujer joven que me pareció muy triste, por lo menos así lo mostraban sus ojos que estaban llenos de lágrimas.

Quise hablarle, pero estaba tan triste que no me atreví a hacerlo y la dejé seguir sin molestarla, respetando su dolor con mi silencio.

Era hermosa como un *coaracy-uirá*[38], y venía en esta dirección.

—Hiciste mal, —dijeron otras voces—, apenas aparezca el Sol iremos a buscarla, porque con toda seguridad debe ser de la tribu de los bianacas; tal vez perdió el camino y ahora vaga sin saber cómo encontrarlo.

—Si la encontramos le propondremos que sea esposa del hijo de nuestro *tuixáua,* y si se rehusa, la conduciremos a su gente.

Ella oyó esta conversación y tuvo el deseo de echarse en brazos de sus salvadores.

Cuando el Sol comenzó a teñir de rojo las raíces del cielo, los jóvenes fueron a buscar el rastro de la muchacha, y siguiéndolo, dieron con la *sapupéma* donde se había refugiado.

Cuando sintió que se aproximaba el rumor de sus seguidores, fingió dormir, y ellos se le acercaron. El joven hijo del *tuixáua,* a quien había sido ofrecida su mano, quedó verdaderamente encantado de tan hermosa jovencita.

El se sentó próximo a la durmiente y acercando su boca al oído le murmuró:

—Hermosa doncella, ¿qué haces tan lejos de tu pueblo?

Y ella entonces fingió que se despertaba y volviendo los ojos entorno, espantada, dio un grito, y las lágrimas brotaron copiosamente apagando el fuego de sus ojos.

---

* Posiblemente se trate del *timbó,* árbol de corteza amarga que contiene un veneno que los indios usan para pescar.

** Este lugar no ha podido ser localizado.

[38] Pájaro del Sol.

—Hermosa doncella, ¿qué haces tan lejos de tu pueblo?

—Busco la muerte.

—¿Eres tan desventurada como para buscar la muerte? Cuando se tienen ojos que brillan como el sol, cabellos negros que relucen como las estrellas del cielo, labios suaves como la piel de *eshauin* [39], pechos intactos que huelen como las flores de *umiry* *, cuando te asemejas a la *yuácaua,* ¿cómo puedes ser infeliz?

— Y sin embargo —dijo la joven—, no siempre la juventud trae la felicidad; yo soy de esas desventuradas a cuyas penas sólo puede dar remedio la muerte.

—Si está en mis manos poner fin a tu dolor, dímelo, porque si fuera necesario ir a donde se acaba el mundo, para buscar tu tranquilidad, yo y mis compañeros iríamos hasta donde termina el mundo para ahorrarte las lágrimas que viertes y que siento me queman el corazón. Casémonos y seamos felices; pero si quieres volver a los tuyos, yo te conduciría de regreso; sin embargo mi corazón se quedaría contigo.

—Hermoso joven, ya que te condueles de mi desgracia, sería una mujer despiadada si rehusara lo que me ofreces; desde este momento soy tuya, puedes llevarme contigo, que seré tu compañera hasta que la muerte nos separe. Pero te pido una cosa: nunca me preguntes qué motivos me trajeron aquí.

—Te prometo no preguntarte jamás lo que te condujo a este lugar, pues no serías la única en sufrir el veneno de nuevas heridas. Levántate y vamos a mi maloca donde encontrarás hombres de quienes eres ya señora.

Y cuando cruzaban las corrientes del Dianumion, el joven pidió a la muchacha que se detuviera y que machacara las hojas de una hierba que le ofreció, para que con ella se frotara todo el cuerpo, y que luego se zambullese en las aguas.

---

* "Llamado también Omary por la promiscuidad de la *u* y la *o*. Produce un fruto muy oleaginoso". (PRL).

[39] Pequeño desdentado de pelo finísimo. (Stradelli). "Parece que puede identificarse con el *Myrmecophaga didactylia, Cyclothurus didactilus*. Es del tamaño de una ardilla de unos 40 cms., de los que 18 son de la cola; no tiene más que dos uñas delanteras, el pelaje es sedoso, por encima de un rojo de zorra, por debajo gris". (PRL).

Y ella hizo como se le dijo, y cuando salió del baño se había convertido en *iacamy*[40], como eran todos los compañeros de él.

La muchacha había entrado a hacer parte de la tribu de los *iacamy*.

Algunas lunas más tarde Dinari * (este era el nombre de la joven) sintió en sus entrañas que estaba próxima a ser madre, y se lo reveló a su marido.

Se pusieron de inmediato a hacer un nido para depositar los huevos, y Dinari estaba contenta porque ya creía ver a su alrededor a sus peludos pichones.

Pasó una luna, llegó la segunda, entró la tercera y Dinari ya no podía tenerse en pie, y entonces los dos supieron que la hierba no la había transformado completamente, y que a pesar de haberse convertido en pájaro, lo que llevaba en el vientre eran seres humanos.

Entonces ella le pidió al marido que le restituyera su forma primitiva para escapar de la muerte y salvar a los hijos que ya daban señales de vida.

El marido la condujo al Dianumion y, preparada la misma poción, se la dio a beber y ella volvió a ser como era antes.

Cuando Dinari completó diez lunas, dio a luz un varón y una niña.

Y la niña tenía un puñado de estrellas en la frente, y el varón una serpiente, con las mismas estrellas, de la frente a los pies.

Los dos niños nada tenían de la raza del padre; se parecían a la madre, llevando además las estrellas con que habían venido al mundo.

Cuando llegaron a la edad de la pubertad, un día el varón le preguntó a su madre por qué tenía tantos *ilapáy*[41], que sólo servían para incomodar a los que duermen en la noche.

—Antes de que nacieran ustedes no tenía con quién pasar el tiempo, y me dediqué a criar estos pájaros, y ahora los amo como te amo a ti y a tu hermana, y te pido que jamás les hagas daño;

---

* "Pájaro negro en *uynamby tapuya*". (PRL).

[40] Yacamar. [*Jacamin* o *Agami*: pájaro trompeta. Es fácilmente domesticable. En Brasil lo usan para proteger las aves de corral].

[41] Agami, en uymnamby.

son buenos compañeros y me moriría de dolor si huyeran. Mañana debo ir lejos de aquí a buscar alimento, y para que no se queden solos, una parte de ellos deberá quedarse para que te acompañen a ti y a tu hermana.

El muchacho no preguntó nada más, se puso a hacer dos arcos y todas las flechas que pudo, para en la ausencia de la madre probarlas contra los *iacamy*.

Desde el día en que nacieron, los muchachos dormían solos, encerrados en una pieza donde nunca había entrado nadie de noche.

Esa noche sentía Dinari el corazón inquieto; daba vueltas por la casa, hasta que le vino un deseo irresistible de ver a sus hijos, y entró en el cuarto donde estaban durmiendo.

Ellos dormían y las estrellas que tenían sobre el cuerpo brillaban como las estrellas del cielo, y cuando Dinari vio tal cosa, retrocedió asustada.

Presa de un terror que no comprendía, llamó al marido para que viera cómo brillaban esas estrellas.

Y el marido vino y entraron juntos donde dormían los niños.

El permaneció largo rato mirándolos, sin decir una sola palabra; luego salió e interrogó a Dinari:

—¿Qué quieren decir esas estrellas en nuestros hijos?

—No lo sé.

—No habrás tenido estos niños con otro?

—¿Y cuándo habría podido serte infiel si no nos hemos separado nunca? En realidad creo que quieres culparme de lo que sólo debe atribuirse a la madre de las cosas.

—Si tus hijos fueran míos, primero habrías puesto huevos, de los que después habrían salido mis verdaderos hijos que se me asemejarían. Pero todo salió al revés; y ahora, para hacerme dudar más todavía, tienen estrellas que brillan como las del cielo. No te diré nada más; apenas te propongo que abandones a estos niños y te vayas conmigo.

—¿Yo abandonar a mis hijos? ¡Jamás!

—¿No aceptas? Pues bien, puedes quedarte: mañana ya no me encontrarás entre mi gente, y sin que me lo impidas he de descubrir lo que me ocultas.

Y dicho esto desapareció en las sombras de la noche.

Cuando vino el día ya no se oyó cantar ni un *iacamy,* apenas los *urutauhy* a los lados del camino lanzaba sus estridentes carcajadas.

Entre tanto el *tuixáua* de los *iacamy* se dirigía con los suyos a las orillas del Danumion donde hicieron un gran fuego, al cual le echaron una cantidad de fruta de *piquiá.*

Y formaron una rueda, y cuando todos estuvieron en su lugar, el más viejo preguntó:

¿Para qué nos ha llamado nuestro *tuixáua?*

—Aquí estoy pronto a decirlo: creo que mi mujer me ha traicionado.

—¿Y por qué lo crees?

—Ella no puso huevos como las hembras de nuestra tribu, y sus hijos tienen una cantidad de estrellas sobre el cuerpo que brillan como las estrellas del cielo. ¿Será éste un indicio de infidelidad?

—¿No ves que en tu unión, con una raza superior a la nuestra, la madre de las cosas debió elegir para que la mejor semilla fuera fecundada?

—Pero ...¿y las estrellas?

—Dime la verdad. ¿No te juntaste nunca con Dinari después de haberle dado su forma primitiva?

—Muchas veces.

—¿Que posición asumía entonces tu mujer?

—Con la cara vuelta al cielo.

—Ahora lo sabemos todo. Ella sentía más placer en su forma primitiva que en la nuestra, y fue en una de esas ocasiones cuando concibió, teniendo ante sus ojos las estrellas del cielo, que dejaron su imagen en los dos niños como recuerdo de un momento pleno de ternura. ¿Y es por esto que la acusas y que la quieres abandonar? Vuelve a tu casa, muéstrate amoroso con tus hijos y con tu mujer, que en esto consiste la felicidad de los esposos; y no acuses más a tu mujer sin haber visto con tus propios ojos.

—Tus razones son ciertas y volveré a casa, pero ahora quiero que para divertirnos nos tiñamos la espalda con la ceniza de *piquiá,* para que no nos reconozcan cuando nos vean.

—Tú sabes que estamos siempre dispuestos a acompañarte en todos tus caprichos, pero te pedimos que después vuelvas de inmediato a tu casa.

Cuando apareció el día, Dinari salió en busca de comida y sus hijos la vieron perderse en la sinuosidad del camino habitual.

—Hermana, vamos a probar nuestras flechas con los *iacamy*.

—Vamos.

E hicieron un agujero en la pared y por él comenzaron a arrojar flechas a los *iacamy*, con tanta puntería que ninguna falló el blanco.

Y cuando cayó el último de los que habían quedado, salieron de la casa para ver lo que habían hecho y llevaron a la selva vecina los restos de los pobres *ilapay* que tanto los incomodaban por la noche con su canto.

Terminada esta tarea, estaban por entrar en la casa cuando sintieron el rumor de los otros *iacamy* que llegaban, y rápidamente fueron de nuevo a ponerse en acecho.

Vieron que tenían el lomo acenizado y que no eran iguales a los que habían matado, pero a pesar de eso comenzaron a utilizarlos de blanco, con tanta precisión, que poco después el último de ellos caía muerto.

Sólo se escaparon del estrago algunas hembras que estaban empollando.

Así el mismo *tuixáua* de los *iacamy* moría herido por sus propios hijos.

Si Dinari no hubiera tenido vergüenza de revelar a sus hijos su propio origen, jamás habría ocurrido esta tragedia que todavía hoy recuerda la gente; pero ellos ignoraban la relación que existía entre su madre y los desventurados *ilapay*.

A su regreso Dinari encontró sangre por todas partes; pensó que su marido había matado a sus propios hijos y entró corriendo en la casa. Los encontró jugando tranquilamente y les preguntó:

—¿Qué ha sucedido hoy aquí que veo sangre por todas partes?

—Muchas cosas, madre, un grupo de *iacamy*, de lomo blancuzco, vino a hacernos mal a mí y a mi hermana, y nosotros los matamos a todos con nuestras flechas.

—¿Dónde están los cuerpos de los *iacamy*?

Los amontonamos a los pies del *ucuquy* * en el camino.

Dinari corrió inmediatamente hacia donde crecía el *ucuquy* y se quedó horrorizada ante la cantidad de muertos causada por obra de los dos jóvenes. Entre ellos reconoció a su propio marido y casi enloquecida se arrojó sobre su cuerpo, diciendo:

—¡Ay! ¡Con demasiado rigor fue castigada tu imprudencia! ¡Cambiaste el color de tu lomo para que tus hijos te mataran!

Daría todo mi corazón por no verte muerto; hubiera querido poder presentarte a mis hijos y revelarles el vínculo que los unía. ¡Ahora todo ha terminado!

Y ella no quiso ya quedarse más en esa tierra, donde fue tan feliz y donde era ahora tan desgraciada.

Cuando el *urumutú* [42] anunciaba el alba, Dinari y sus hijos partieron caminando hacia el Oriente.

Caminaron el día entero, y ya al languidecer el día llegaron a la cima de una montaña desde donde se percibía la maloca de los bianacas. Dinari reconoció su antigua morada, se sentó sobre una piedra, llamó cerca a sus hijos y abrazándolos comenzó a llorar.

Los jóvenes vieron que su madre lloraba desconsoladamente, y no sabiendo por qué, el varón le preguntó:

—Mamá, ¿por qué lloras? ¿Tienes sed? ¿Tienes hambre? Dime qué debo hacer para que no llores. Si fuera necesario voltear esta montaña, con las raíces hacia el cielo, lo haría.

—No tengo hambre ni sed, sólo estoy lamentando que mañana viviremos bajo las rigurosas costumbres de esta gente, por lo que quizá tendremos que separarnos. Yo iré a la casa de las inútiles, tú a la de los solteros y tu hermana a la de las solteras, de donde ninguno de ustedes podrá salir hasta que encuentre consorte, y yo cuando venga la muerte.

—¿Y quién va a permitir semejante separación? Yo no, ciertamente. Te he dicho en verdad que si es necesario darle vuelta a esta montaña, con las raíces hacia el cielo, lo haría, porque puedo hacerlo, y para que no dudes de mis palabras, mira.

* Es el árbol que produce el *uakú*.

[42] Especie de *occo*. [hoco: gallinácea].

Y el hijo de Dinari tomó una roca de la altura de tres hombres y la arrojó sobre el pueblo, y la piedra casi fue a caer sobre la casa de las solteras, con tal ruido que toda la tierra tembló.

Y los habitantes de la maloca salieron para saber la causa de tanto ruido.

Nadie podía comprender lo que había ocurrido, hasta cuando vieron en la cima de la montaña dos grupos de estrellas brillantes que caminaban hacia ellos.

El *tuixáua* fue el primero en darse cuenta de la novedad y dijo:

—¿Quieren saber qué son esas estrellas caídas del cielo? En verdad sólo un caso semejante podría hacer temblar la tierra y producir, al caer, un ruido tan espantoso. Vamos a buscarlas, ya que ésta es una buena ocasión de tener para nosotros la belleza de las mujeres [43]. Si ellos no abrigan malas intenciones contra los hijos de la tierra, podríamos esperar remedios que alegrarían mucho a nuestras mujeres. Pero, o me engañan los ojos, o ellas vienen hacia acá. En verdad se mueven en esta dirección. Quizás vengan de parte del Sol para traernos las órdenes de los *Uán-Masquín* *. Pronto lo sabremos, pero de cualquier manera, armémonos, porque bien podrían bajar del cielo para combatirnos.

—¿Quién osaría venir a atacarnos sabiendo que seremos siempre los vencedores? —gritó el *tuxáua*.

Cuando Dinari estuvo junto a su antigua morada, se sentó sobre la gran piedra que su hijo había arrojado poco antes y de la que no sobresalía sino una pequeña parte, apenas de la altura de dos manos.

Los bianacas corrieron prontamente hacia los recién llegados formando alrededor de ellos un gran círculo. Nadie reconoció a Dinari.

—Hijos del cielo, —dijo el *tuixáua*—, ¿qué necesitan?

—Un refugio para mí, para mi madre y para mi hermana, donde podamos vivir pacíficamente en tu tierra.

---

* Los *Uancten-mascan*, enemigos de la gente de Yurupary según la leyenda.

[43] Las manchas hepáticas, consideradas signo de belleza, y que se cree sean franjas de sangre de estrellas caídas en la tierra.

Todos estaban maravillados con aquel muchacho, de aspecto tan diferente al de ellos, y que hablaba con tanta franqueza.

Sus estrellas brillaban de tal manera que hacían parpadear a quienes sobre ellas fijaban la vista y muchos se ponían las manos delante de los ojos para no encandilarse.

—Puesto que sólo pides un refugio para ti y tu familia —dijo el *tuixáua*—, ya lo tienes; puedes mientras tanto acomodarte en esta casa y mañana pondré todas tus cosas en su lugar.

—Bien —dijo el muchacho—, tus palabras me complacen. Mi familia y yo, nacidos y criados en la tierra de los *ilapay,* tenemos usos y costumbres diferentes a los tuyos, y como tú quieres las cosas en su lugar, sé que yo y todos los míos podremos vivir según nuestros usos y costumbres propios.

Y para probarte que pienso como tú, voy a poner en su lugar esta piedra que arrojé para anunciarte mi llegada.

Y tomando la piedra con una mano, la desgajó del seno de la tierra y la tiró sobre las montañas donde fue a caer dejando oír de nuevo el ruido que poco antes habían sentido.

Los presentes vieron entonces cuán grande era la piedra, y se quedaron tan sorprendidos que la mayoría sintió que se le doblaban las piernas.

Que un muchacho de apenas tres pies arrojara una roca como aquélla, que todos ellos juntos habrían sido incapaces de mover, a una distancia de dos gritos [44], por expresarlo bien, era un hecho no visto desde que había nacido el mundo.

Dinari y sus hijos entraron en la casa, y los bianacas se retiraron asustados.

En la casa había todo lo necesario.

—Sabes, mamá, mañana por la mañana iré a la casa del *tuixáua* y él me preguntará cómo me llamo; tú no me has dado todavía un nombre, pero yo ya lo he elegido: me llamo Pinon [45] y mi hermana Meenspuin [46].

---

[44] Casi un kilómetro.

[45] Serpiente, en tukano.

[46] Fuego de estrellas, en tariana y cubeo.

Después de que los habitantes se hubieron retirado de allí, se reunieron en la casa del *tuixáua* para saber lo que pensaba de esa gente, hija del cielo.

Unos decían que estaba bien permitirles que se quedaran entre ellos, porque de otra manera este muchacho podía enojarse y destruir la maloca, tirando sobre las casas rocas como aquélla que arrojó de nuevo contra la montaña.

Otros, que era necesario tratarlos bien para no suscitar la ira del muchacho, y que de no ser así, ellos podrían sufrir el efecto del mal que les causase.

Las mujeres esperaban que el muchacho pudiera hacer algo en su favor y dieron también su parecer. Para ellas este muchacho, que había despertado tanto miedo, debía tener tan buen corazón como para no causarles jamás un mal. Que nadie lo inquietase, porque no hay en el mundo nadie que sintiéndose ofendido no trate de vengarse. Y ellas no sentían miedo alguno de aquel muchacho que quizás todavía estaba mamando leche.

—Yo también pienso así —dijo el *tuixáua*.

Acojo a quien le guste dormir a mi sombra, y sería desagradable rechazar a quien busque vivir en mi maloca.

En cuanto a los temores que sienten ustedes, es fácil evitar que él nos haga mal: nadie lo ofenda y viviremos siempre como buenos amigos.

Ya estaba el sol a la altura de la coyuntura de un dedo, cuando Pinon fue a la casa del *tuixáua* que salió a recibirlo en persona.

—¿Cómo pasaste la noche en tu casa?

—Perfectamente, sólo que pensé, y todavía pienso, que por haber creído tú necesario sacar a los habitantes de la casa, no hemos podido mi familia y yo entrar en amistad con los de tu sangre. Vengo pues a pedirte, si algo merezco de ti, que restituyas la casa a sus antiguos habitantes para que podamos unirnos a ellos en amistad. Somos buena gente, créelo, y encontrarás en nosotros a personas que saben obedecer tus órdenes, como verdaderos hijos de la tierra de los *iacamy*.

Y lo dicho por Pinon tuvo tanto efecto, que el *tuixáua* accedió inmediatamente a su pedido, y mandó a 17 jóvenes solteras para que hicieran compañía a Dinari y a sus hijos.

Pinon, que había conseguido sin dificultad la realización de uno de sus planes, se frotó las manos de contento.

Y después de esa primera visita al *tuixáua,* fue considerado muy buena persona, y todo lo que salía de su boca se seguía sin titubeos.

Y la ley del pueblo fue poco a poco perdiendo su rigor y ya era tolerado que las viudas se casaran cuantas veces pudieran.

Y una parte del día era consagrada al trabajo, hasta que cambió el carácter de las antiguas costumbres de aquella tierra.

Pinon y Meenspuin crecían a la vista de todos: en 18 meses alcanzaron su pleno desarrollo.

Pinon, que era ya un hermoso joven, pero a quien nadie consideraba capaz de ofender el pudor de las jóvenes que vivían en su casa, infringió las leyes de los bianacas, uniéndose no sólo con las vírgenes bajo su cuidado, sino también con todas las viudas, sin que se le escapara ninguna; y todas quedaron fecundadas.

El *tuixáua* supo de la infracción que Pinon había cometido, y al principio se molestó mucho, pero después se calmó pensando:

En realidad, cuando los hijos de Pinon sean hombres, toda la gente de los *ilapay* será insuficiente para vencerlos y así los bianacas serán los primeros en valentía.

Si fue natural o no la condescendencia del *tuixáua,* no se sabe, lo que sí es cierto es que de allí en adelante Pinon tuvo imitadores.

Meenspuin, llegada la pubertad, comenzó a sentir deseos que no comprendía, y estaba por eso tan incómoda que le dijo a su madre:

—Mamá, sufro de un mal que al manifestarse me da un deseo que no sé explicar.

—¿Qué es lo que sientes?

—Cuando mi mal comienza es una picazón, un malestar que me da y que no produce dolor, y este dolor que no duele me corre después por todo el cuerpo con voluntad de morderme toda, hasta que al fin me siento desfallecer y lloro. Cuando duermo veo siempre cerca de mi hamaca a unos jóvenes hermosos que unas veces quieren besarme, otras abrazarme, y yo no puedo huir.

—Conozco el mal que tienes y hoy mismo te daré una medicina para calmarte los dolores.

Llegó Pinon y su madre le pidio que fuera al monte y le buscara algunas raíces de *brany*[47] para preparar una medicina para su hermana.

—¿Cuál es su enfermedad?

—Tiene necesidad de un marido, y como éste no se puede encontrar, quiero medicinarla con *brany* que tiene la propiedad de disminuir los deseos.

—Si mamá me confiara la cura de Meenspuin, yo iría con ella a dar una vuelta por la orilla del río, hasta que desapareciera su mal.

—Siempre escuché a mi hijo como si fuera un hombre maduro en las cosas del mundo, haz por lo tanto lo que consideres provechoso para tu hermana.

—Puesto que me concedes plena libertad para hacer lo que crea conveniente, mañana partiremos. Tú te quedarás aquí esperando mi regreso, pero no te aflijas pues quizás no vuelva tan pronto; será cuando mi hermana esté curada.

Al alba del día siguiente Pinon y Meenspuin partieron siguiendo el curso del agua por la orilla del río.

Después de que partieron sus hijos, Dinari, que era la imagen de la tristeza desde que se le había muerto el marido, entristeció aún más: lloraba casi fuera de sí, sin encontrar cosa que la consolara.

Las amantes de Pinon, para distraerla, le contaban historias que ella no oía.

Escapaba de la presencia de todos, y un día huyó de la maloca, sin que nadie supiera qué dirección había tomado.

Los bianacas decidieron salir a buscarla, pero fue inútil, no pudieron encontrarla.

Dinari había salido en busca de sus hijos y cuando llegó la tarde, se subió a una gran roca donde la dejó el Sol.

Cuando regresó el Sol, ya no estaba allí: la madre de los peces la había conducido a las profundidades del río, y nadie lo sabía.

Para asegurar la virginidad de la hermana, Pinon la condujo a la Sierra de las Piedras Blancas, y para alcanzar las puertas del

---

[47] *Muirá-puama,* en nheêngatú.

cielo abrió un pasaje por el cual subieron hasta el país de las estrellas; allí dejó a Meenspuin, a quien otros llaman Seucy.

Esta es la primera historia de las locuras humanas desde que comenzó el mundo".

—Ahora les contaré cómo se pobló la tierra, y esta historia está más cercana y nos pertenece.

"Cuando volvió Pinon a la maloca, que había dejado por más de una luna, no encontró a su madre, y no había allí nadie que le pudiera decir a dónde se había ido.

Recorrió todos los montes y los valles cercanos; fue a la tierra de los *ilapay,* sin encontrar a nadie que le diera noticias de que por allí hubiera pasado.

Y buscando sin encontrar nada, pasó una luna entera.

Mientras estaba buscando, nacieron sus hijos, entre los cuales había una hermosa niña que tenía en la frente una pálida estrella.

Todas las búsquedas de Pinon fueron inútiles; entonces fue a la casa del *tuixáua* y le dijo:

—*Tuixáua,* lo que quiero hacer depende de un buen corazón. Hoy se cumple una luna que busco a mi madre: desapareció de tu país hace ya mucho, y como jefe de esta tierra, tú en parte tienes responsabilidad en esto.

Pero yo no te acuso, sólo quiero que me ayudes a buscarla dándome con este fin una parte de tu gente. Procura que mañana sin falta estén aquí, que yo les indicaré la dirección que deben seguir.

—Mañana al alba tendrás la gente que necesitas y harás lo que deseas, pero cree en mi palabra de *tuixáua*: no sé dónde se encuentra tu madre.

Y Pinon dijo: —Tú y los tuyos son inocentes, lo sé, pero tú, como dueño de esta tierra, tienes tu parte de responsabilidad.

Aquella noche Pinon fecundó otra vez a todas sus mujeres, que habían sido aumentadas con algunas solteras; y cuando por las raíces del cielo aparecían las primeras alegrías del día, Pinon, en presencia del *tuixáua,* diseñó en el suelo una figura que explicó así [48].

[48] Un círculo en el cual hay cuatro diámetros que forman sucesivamente entre ellos ángulos de 45°.

Nosotros estamos en el centro de la tierra, tal como lo muestra el Sol, que al llegar a la mitad del cielo nos oculta nuestra sombra en el cuerpo.

En la dirección de cada una de estas líneas debe dirigirse el número de una mano de hombres casados [49], que volverán sólo cuando hayan encontrado a mi madre, o cuando hayan alcanzado las raíces del cielo. Yo me quedo con todos estos espacios sin líneas, que recorreré hasta cuando los encuentre a todos para que volvamos juntos. Pero estén seguros de que a cualquiera que regrese antes de que haya hecho estas cosas, lo despedazaré contra las piedras de la montaña.

Aquel día cada uno tomó tristemente el camino que le había sido indicado, y Pinon, llevando en brazos a su hermosa hija, siguió por uno de los espacios en blanco, que había reservado para sí abandonando a sus mujeres que lloraban; muchas corrían detrás de él tratando de hacerle abandonar su idea, pero no pudieron convencerlo. Su amor de hijo era superior a su amor por ellas.

Pasó un año, y luego dos, diez, muchos, sin que se tuvieran noticias de la gente que se había marchado, ni de Pinon.

Y en aquel tiempo el *tuixáua* de los bianacas murió dejando en su lugar a un hijo de Pinon, llamado Diatanomion [50].

Este nuevo jefe resolvió mandar otras gentes en busca de la anterior, pero no se tuvo más noticia de ellas, lo que le hizo perder el ánimo; sin embargo Pinon era el amor de las mujeres y se organizaron nuevas expediciones, compuestas sólo de mujeres, en las que se alistaron todas las solteras del pueblo.

Partieron con las primeras luces del día, pero no iban tristes, como había sucedido con todas las otras expediciones, sino alegres, en medio de gritos y cantos que se repetían a la distancia.

---

[49] 5 parejas. (Stradelli). "Entre los indios americanos es corriente contar por manos y pies, sobre todo emplean este sistema cuando sobrepasa el diez; por lo tanto un individuo vale por veinte o sea la suma de los dedos de las manos y de los pies. Cinco parejas de casados son diez personas que multiplicado por veinte dedos nos da doscientos". (PRL).

[50] Pato mudo, en tukano.

A Diatonomion sucedieron otros *tuixáua,* pero todos ignoraban que aquellas caravanas se habían transformado en populosas malocas.

Después de haber dejado aquella tierra, Pinon fue directamente al país de las estrellas y allí dejó a su hermosa hija, a quien había dado por nombre *Jacy-tatá.*

Cuando regresó a la tierra, recorrió el mundo entero y por donde iba pasando encontraba a la gente que enviada por él en busca de su madre Dinari se había convertido en numerosas poblaciones; y por todos lados dejó hijos, pero nadie reconoció en él al fuerte Pinon, hijo de la tierra de los *ilapay.*

Fue por este tiempo cuando apareció en la tierra el primer *payé,* y fue en la maloca de Cudiacury *, y apenas Pinon supo que existía un hombre que veía todas las cosas a través de su imaginación, se dirigió hacia allí. Cuando lo encontró le habló de esta manera:

—Hijo de las nubes, vengo a preguntarte dónde se encuentra mi madre, que hace ya mucho se perdió en la tierra de los bianacas.

—Yo te lo diré, —dijo el *payé*—, pero es necesario que antes sepa su nombre para llamar a su sombra.

—Se llamaba Dinari.

Y el *payé* inmediatamente puso en la tierra su *matiry* de donde sacó el cigarro de *tauary,* y la bolsita de *caraiurú* de la luna, y encendió el cigarro y aspiró una gran cantidad de *caraiurú* de la luna.

Gesticulaba, gritaba y cantaba, lanzando siempre grandes nubes de humo. De repente estalló en una gran carcajada y dijo:

—A ti sólo te falta saber adivinar; eres rápido como un pájaro del aire, fuerte como los truenos del cielo. Yo te enseñaré lo que te falta, y tú me ayudarás a enseñar a los fuertes de corazón los secretos del *payé.*

—Estoy listo, pero quiero saber primero qué fin tuvo mi madre.

—Estás a punto de saberlo. ¡Ah! ¡Cómo es de hermosa tu madre! Pero está lejos, muy lejos de aquí, transformada en pez.

—¿En qué sitio de la tierra se encuentra?

---

* Este lugar no ha podido ubicarse.

—Del lado del Poniente, sobre la cima de una gran montaña, en un lago muy cerca del cielo, a donde la llevó la madre de los peces y la transformó en *pirarara* [51].

—¿Puedo sacarla de allí?

—Puedes hacerlo, pero es necesario que aprendas conmigo el secreto del *payé,* que fumes de mi tabaco, que aspires de mi polvo, y que ayunes una luna entera, y entonces conseguirás todo.

—Te he dicho que estoy pronto a obedecerte en todo, porque quiero que me facilites los medios para recuperar a mi madre.

—En realidad todos estos *payés* que existen hoy, continuó Yurupary, fueron todos discípulos de Pinon, y él fue el segundo *payé* del mundo.

El último día que estuvo sobre la tierra, fue el día cuando fecundó a las madres de ustedes, de quienes incluso yo desciendo, y cuando liberó a su madre y la condujo al cielo donde viven todos. Y ahora que conocen nuestra historia, les pido que con buena voluntad me ayuden a cambiar los usos y costumbres de los habitantes de la tierra, según nuestras leyes.

Cuando llegó el día, Yurupary fue con sus hombres al lugar donde estaba la *passyua* nacida de Ualri, y a su sombra contó la historia de su triste origen.

—No quiero que nadie sepa que estamos aquí; por lo tanto, conviene abatir sin ruido este hueso de Ualri. ¿Quién quiere subir a la cima a cortarle las hojas?

Ninguno respondió, y viendo que todos temían, sacó del *matiry* una ollita, le puso dentro un pedacito de *xicantá,* y la colocó al fuego.

Pronto, con el primer hervor, salieron de ella loros, guacamayas, periquitos y otros pájaros roedores, que fueron a posarse sobre las hojas de la palma y en un momento las cortaron.

Y los de la partida de Yurupary, que se habían detenido a la orilla del río para beber, vieron que de las hojas que caían al agua nacían pescados provistos de dientes agudísimos, cuyas aletas se asemejaban a aquellas hojas [52].

---

[51] Pez, *arara*: ara, en nheêngatú.

[52] *Tarihyra* (Stradelli). "Tarihyra (*sic* por *trahyra,* pez género *Erythrinus-Maeroden tahira*". (PRL).

—El primer trabajo está hecho; ahora pesquen en el *ygarapé* un pescado de dientes grandes y tráiganlo para que yo pueda cortar este hueso.

Ellos fueron y le trajeron una *tarihyra,* y él le arrancó una quijada y con ella serruchó la *passyua* que cayó al suelo, pero tan suavemente que apenas se oyó un ruido como vuelo de pájaros.

Yurupary midió y cortó los instrumentos, y cuando tuvo de ellos el número necesario, arrojó al agua el resto del tronco de la palma, que fue tragado por las aguas.

—Compañeros, lleven pronto estos instrumentos a casa, porque vienen hacia nosotros no sólo las que fueron causa de la muerte de Ualri, sino también las sombras de sus cenizas, que quieren apoderarse de nuestros instrumentos.

Lo que dijo Yurupary fue hecho con la rapidez de una flecha.

Cuando Yurupary llegó a la casa, arrojó en el agua un grano de sal de *carurú* [53], que sacó de su *matiry,* e inmediatamente descendieron sobre la tierra truenos, relámpagos y lluvia que daban miedo. Y así Yurupary se salvó de tener que combatir con las sombras de las cenizas de Ualri.

Durante esa misma noche, en medio de una terrible tempestad, transportó la *Yurupary-oca* a las orillas del Cayarí, cerca de la cascada de Nusque-Buscá [54], que hoy llaman raudal de Yurupary.

Los tenuinas aquella mañana se levantaron tarde, porque creyeron que el ruido de la cascada era la continuación de la tormenta.

Yurupary les habló así: —compañeros, nos hallamos muy lejos de las sombras de las cenizas de Ualri y de las mujeres que saben engañar a los hombres; pero eso no quiere decir que estén ya libres de sus seducciones.

Nos encontramos cerca de otra tierra donde las mujeres también son hermosas, y tampoco son menos que aquéllas en astucia y curiosidad.

Ahora terminaré de decirles las últimas cosas sobre nuestra ley, pero antes quiero que conozcan el nombre de cada instrumento, y por qué se llama así. Siéntense a mi alrededor y escuchen:

---

[53] Alga que nace en las cascadas.

[54] Casa del pescado, en carapaná tupuya.

Este es el instrumento principal, tiene mi altura y se llama *ualri,* de quien todos conocen la historia.

Este que tiene el largo de mis piernas se llama *yasmeserené* [55], porque es el único animal que se asemeja al hombre en el valor y a la mujer en los engaños.

Este, del ancho de mi pecho, se llama *bêdêbo* [56], y su origen fue la curiosidad.

Este largo como mi brazo, se llama *tintabri* [57]. Este pájaro nació de una mujer que era muy hermosa, pero por serlo más se pintaba con *urucú* *, para ver si sobrepasaba así a las otras en belleza, y por esto el *tuixáua* de los *cuiuby* [58] la convirtió en airón del sol.

Este del largo de mi muslo, se llama *mocino* [59] y representa la sombra de un hombre-mujer, que no queriendo amar nunca a nadie vivió escondido, cantando sólo de noche y fue convertido en grillo por la misma madre de la noche.

Este, de dos brazas de largo, se llama *arandi* [60], representa una bella mujer, pero sin atractivo ni encanto para los hombres, por lo que fue convertida en guacamaya por el padre de los *iauty.*

Este tiene dos pies de largo, se llama *dasmae* [61], y representa el corazón de una muchacha que durante su corta existencia se alimentaba solamente de frutos silvestres y que después de su muerte fue convertida en tórtola por su propio padre, que era *payé.*

Este, tres veces del largo de mi mano, se llama *piron* [62], representa al *payé* porque fue el pájaro que le dio la piedra en la

---

* *Urucu*: tinte extraído del árbol *Bixa orellana.*

[55] Jaguar, en tariana.

[56] Pato mudo, en cabena.

[57] Airón del sol, en uaupés.

[58] *Pelopis* (Stradelli). "*Penélope,* género de aves gallináceas de la familia de las crácidas". (PRL).

[59] Grillo, en arapazo.

[60] Guacamaya, en plra tapuya.

[61] Tórtola, en arawak.

[62] Aguila, en el dialecto de los jurupixuna.

que aprendió con el tabaco y el *caraiurú* a ver todas las cosas con la imaginación.

....

Este, del largo de mi tibia, se llama *dianari* y ya todos conocen su historia [63].

Este, que va de mi rodilla a la cabeza, se llama *tity* [64], representa al ladrón, y es la imagen de una vieja que vivía sólo de los demás y fue convertida en *paca* por la *acuty-purú* [65].

Este, que mide dos manos de largo, se llama *ilapay*; éste otro del largo de mi columna vertebral, llámase *mingo* [66]; de ambos conocen el origen.

Este, que va de mi rodilla al mentón, se llama *peripinacuari* [67], representa a un hermoso joven, deseado por todas las mujeres, pero que no se entregó a ninguna, y ellas irritadas lo arrojaron a la cascada después de haberlo encantado.

Este, que mide la mitad de mi cuerpo, se llama *buê* [68], representa a esa vieja miedosa que esperando que el cielo cayera en cualquier momento sobre la tierra, no sembró jamás ni una semilla, viviendo de lo que plantaban los otros, y fue por esto convertida en *ayuti* por la mona de la noche.

Y este último, que va de mis espaldas al ombligo, se llama *canaroarro* [69], representa a aquel viejo que habiendo visto en sueños que el hambre devoraba la tierra, trabajaba día y noche amontonando provisiones en su casa para tener qué comer cuando llegara el hambre; la *tatú* [70], lo convirtió en hormiga para que fuera comido.

Y ahora que conocen el nombre de todos los instrumentos, paso a dar a cada uno la voz que debe tener.

---

[63] Pájaro negro, en uynamby tapuya.

[64] *Paca,* en baniwa.

[65] Ardilla, en nheêngatú.

[66] *Tarchyra,* en cucuanna. [Tarihyra].

[67] *Tenten,* en uaupés, pequeño pájaro cantor, todo negro, con los flancos amarillos.

[68] *Ayuti,* en cobéua.

[69] *Saúba,* en manáu.

[70] Pangolín.

Y Yurupary sacó del *matiry* un poco de cera, la pasó por la embocadura de cada uno de los instrumentos, y cuando estuvo listo el último, ordenó que los sacaran fuera de la sala para colocarlos de pie, pero que nadie los tocara hasta el momento de la fiesta.

Y cuando lo hubieron hecho, los llamó otra vez a su alrededor y cuando estuvieron todos, habló de esta manera:

—Está prohibido que el *tuixáua* de una tribu, que esté casado con mujer estéril, siga viviendo con ella, sin tomar una o dos mujeres, según el caso, hasta tener sucesores. Quien no quiera acceder a esto será sustituído por el más fuerte entre los guerreros de la tribu.

Que nadie trate de seducir a la mujer de otro bajo pena de muerte, la cual caerá tanto al hombre como a la mujer.

Que ninguna muchacha que haya llegado al momento de ser violada por la luna [71] conserve los cabellos enteros, bajo pena de no casarse hasta la edad de los cabellos blancos.

Cuando dé a luz la mujer, el esposo deberá ayunar por espacio de una luna para permitir que el hijo adquiera las fuerzas que el padre pierde. Durante el tiempo de este ayuno el hombre deberá comer sólo *sauba* *, cangrejos, *bejú* ** y ají.

Esto es lo que me quedaba por decir a propósito de las costumbres que deben regir a la familia; que cada uno las haga conocer y observar en su propia casa.

Y ahora, cuando oigan la señal, comenzará nuestra fiesta; arreglen pues la casa y preparen nuestras bebidas, que la hora está ya por llegar.

Dadas estas órdenes, Yurupary desapareció de entre sus compañeros.

Los jóvenes, que deseaban que se celebrara la fiesta de Yurupary, se pusieron luego a preparar la casa, mostrando en el rostro la alegría del corazón.

Los viejos seguían fríos y tristes, sin que los preparativos tuvieran el poder de devolverles la serenidad.

---

* *Saúra*: Una especie de hormigas comestibles.

** Probablemente se trate del *beijú*, masa hecha de tapioca.

71 A la pubertad.

Cuando el sol de aquel día desapareció, los instrumentos, sin que nadie los hubiera tocado, comenzaron a hacer sonar la misma música que sólo los nunuibas habían oído cuando llevaron a Ualri al suplicio.

En el mismo instante entró Yurupary y dijo:

—Hermanos y compañeros, ha llegado la hora de la fiesta. Tenemos tres días y tres noches para aprender la música y el canto de Yurupary; tomen los más jóvenes los instrumentos y vamos a formar la gran rueda.

Y habiendo tomado el instrumento principal, se colocó en el centro de la sala, y pronto se oyeron desde lejos los ecos de los sonidos.

Y los oyeron los jaguares y las serpientes, y hasta los peces salieron a la superficie del agua para oír la música de Yurupary.

Cuando llegó la noche a la mitad, Yurupary dejó de tocar y ordenó que los otros continuaran, y en aquel preciso momento se oyeron los ruidos de los animales que estaban cerca de la casa.

Y él dijo: —Hasta aquí vienen los animales a escuchar nuestra música.

Bebieron el *cachirí* y el *capy,* y la música comenzó otra vez con nuevos ejecutantes, y en medio de la fiesta se oía el chasquido del *adaby* [72].

Cuando el sol resplandecía en las raíces del cielo, Yurupary volvió a colocar en su sitio los instrumentos para que pudieran entrar nuevos ejecutantes.

Entonces se oyeron carcajadas alrededor de la casa.

Y Yurupary corrió a la puerta y vio una cantidad de personas que venían hacia él.

—Compañeros, escondan los instrumentos, que vienen los habitantes de esta tierra.

Y los instrumentos fueron escondidos en una pequeña cámara hecha para este fin, y se obstruyó la puerta con una piedra.

Cuando el *tuixáua* de los visitantes llegó a la puerta, Yurupary en persona salió a recibirlo y pronto lo reconoció porque llevaba al cuello la *itá-tuixáua.*

---

[72] Vara flagelante (látigo) de Yurupary, en nheêngatú.

—Oí desde mi maloca tu música y me apresuré a venir para bailar contigo, aunque no he sido invitado. Deseo conocerte, saber de qué tierra vienes y qué deseas en la mía.

Y Yurupary respondió:

—Soy el *tuixáua* de los tenuianas y mi tierra es la que está más cerca del Sol. Yo debo cambiar los usos y costumbres de los habitantes del mundo, y vine aquí para dejarles las leyes que todos deben seguir.

—Déjame conocer tus leyes y, si son buenas, las obedeceré.

Y mientras los dos hablaban, las mujeres entraron en la casa, curioseando por todos lados, hasta en el dormitorio, y preguntaron:

—¿De dónde son ustedes?

—Somos tenuinas.

—Seguramente ustedes vinieron a nuestra tierra en busca de mujeres para casarse; somos solteras y sería bueno que quisieran casarse con nosotras. ¿Está muy lejos la tierra de donde vinieron?

—Lejos.

—Si se casan con nosotras, iremos a vivir allá. ¿Bailamos?

—Estamos cansados.

—Entonces toquen algo que nos agrade.

—No, porque tenemos necesidad de descanso.

Y mientras ellas hablaban, los seguían provocando en toda forma; pero los tenuinas permanecían fríos delante de esos cuerpos hermosos que ningún velo ocultaba; sólo el poder de la nueva ley podía mantenerlos tan fríos.

Llegada la noche, cuando los visitantes se retiraron, estas mujeres se llevaron consigo el corazón de los jóvenes, que las habían rechazado para obedecer la ley de Yurupary.

Y Yurupary dijo:

—Como nuestras fiestas fueron interrumpidas por el *tuixáua* Arianda y por su tribu, quedan postergadas hasta más tarde y en esta forma también ellos tomarán parte. Yo he prometido visitarlos mañana con todos ustedes, y antes de que vuelva el Sol nos dirigiremos hacia allá.

Pueden ser amables con esas jóvenes y divertirse con ellas, ¡pero pobre del que revele la parte más insignificante de nuestros secretos! Los que no se consideren suficientemente fuertes como pa-

ra resistir a las seducciones, que se queden, pero los que vayan recuerden que incluso en asuntos de amor es mejor mentir que revelar los secretos.

Los cuatro viejos no durmieron nada aquella noche preparando sus ornamentos y bañándose en el raudal para mostrarse de la manera más atractiva posible a las vecinas.

El Sol aún no se encontraba en las raíces del cielo, cuando Yurupary partió con sus compañeros. Todos notaban que los viejos estaban muy contentos.

Superada una pendiente, vieron la maloca. Sus habitantes se paseaban delante de las casas adornados con plumas.

Arianda vino con su hija a la entrada del camino a recibir a Yurupary, y lo condujo a la casa donde había sido preparada gran cantidad de alimentos en espera de los visitantes.

Y hallándose con Yurupary, dijo Arianda:

—¿Sabes que he tenido un hermoso sueño contigo?

—No lo dudo, me esperabas: ¿y cuál fue tu sueño?

—Te lo diré sólo a ti.

—Bien, hablaremos a solas, ya que también yo quiero decirte algo en secreto y enseñarte lo que debes saber.

—Haremos tal cosa después de que tú y tu gente hayan comido, de manera que ahora toma un lugar en la estera y llama a los tuyos a comer.

Y así lo hicieron, y cada visitante tenía a su lado a una hermosa muchacha, y al lado de Yurupary estaba la hija de Arianda que le servía y le daba el *cachirí*.

Bastante descontentas se mostraban las muchachas que estaban junto a los viejos, mientras que las que tenían a su lado a los jóvenes manifestaban toda su alegría en sus actos y en su voz, y antes de que terminara el banquete ya se insinuaban más de un abrazo y un beso furtivos.

Y los viejos que veían todas esas cosas permanecían fríos hasta los huesos.

Cuando terminaron de comer, Arianda y Yurupary se retiraron a una casa situada lejos del caserío, donde fueron a hablar de las nuevas leyes; pero antes de salir les dijo Arianda a los presen-

tes que podían bailar y beber por tres noches y tres días, ya que otro tanto habrían durado las fiestas en honor de Yurupary.

Todas estas cosas ocurrían la víspera del día en el que los hombres debían partir de la maloca acompañando a los *payés* que con sus remedios irían hasta la cumbre de la montaña a espantar a la muerte que quería venir a matar a la luna *.

Quedaron de esta manera los tenuinas dueños de sí mismos para gozar libremente a las bellas ariandas.

Los usos de esa tierra requerían que la mujer eligiera a su compañero, así que los jóvenes fueron prontamente conducidos al centro de la sala, donde dos músicos intérpretes esperaban que se formaran las parejas para comenzar la danza.

Aunque muchas jóvenes se quedaron sin compañero, ninguna quiso bailar con los viejos, que permanecieron tristes, sentados a un lado.

Y el *capy* y el *cachirí* se distribuyeron en abundancia, y poco a poco fueron encendiéndose los deseos, y al acercarse la noche las ariandas ya se disputaban a los visitantes, y los besos y los abrazos provocadores ocurrían cada vez con más frecuencia.

Llegó la noche, y como no había resina para alumbrar la sala de la fiesta, la danza continuó en la oscuridad hasta el alba, y nadie supo lo que ocurrió entre los bailarines; sólo Yurupary y Arianda vieron todo.

Cuando Arianda llegó a la casa con Yurupary, habló así:

—La verdad es que me ha dado mucho placer tu visita, porque el poblado más cercano está a dos lunas de camino y no puedo visitarlo muy a menudo. Más de una vez me hubiera gustado dejar este pueblo para dirigirme a otro sitio habitado, pero mis gentes no quieren abandonar la tierra que los vio nacer. Si mi sueño se cumple, yo seré tu compañero en todas las luchas de la vida.

—¿Qué sueño tuviste?

—Soñé que habías venido a mi maloca para pedirme en matrimonio a mi hija Curán, y que eso había tenido lugar al día si-

---

* Iba a ocurrir un eclipse.

guiente de tu llegada. Sería raro que mi sueño no se realizara, y por eso espero ver cumplido lo que la madre del sueño me predijo.

—Arianda, en verdad te digo que no tomaré mujer hasta no completar la reforma que debo cumplir en la tierra. Tu hija Curán es muy hermosa, y si ella desea elegir a cualquiera de mis compañeros, yo apruebo, y a él lo haré señor de una gran tribu.

—Quiero aprender lo que todavía ignoro, y ser tu compañero, y acompañarte en todas las luchas; por eso encuentro buenas tus palabras.

—Como ya la noche está sobre nosotros, salgamos para asistir a la fiesta; mañana te diré qué debemos hacer.

—Entonces vamos a la casa de la fiesta —dijo Arianda, levantándose de la hamaca.

—No es necesario, podemos ver todo sin salir de nuestras hamacas; allá nosotros molestaríamos.

Y Yurupary puso la mano en el *matiry* de donde sacó dos piedras brillantes y coloreadas y le dio una a Arianda, diciendo:

—Aquí tienes un trozo del espíritu del cielo donde verás todo lo que sucede en la fiesta.

Y apenas Arianda la recibió y le puso la vista encima, vio que las escenas se reproducían ante sus ojos con tanta fidelidad que se reconocían fácilmente todas las personas.

Vio que las viejas, que durante el día habían presenciado la danza desde lejos, ahora tomaban parte en ella, tratando de aprovecharse al máximo del engaño que permitían la oscuridad y las bebidas.

También los viejos, después de haber sido dejados aparte todo el día, eran ahora buscados por las jóvenes ariandas que se esforzaban por satisfacerlos lo mejor que podían.

Arianda y Yurupary reían de los errores y tentativas de los demás y de sus hábiles fingimientos.

Cuando llegó el día, los dos jefes pusieron a un lado los espíritus del cielo y siguieron hablando sobre las cosas de la nueva ley. Entre tanto la fiesta continuaba.

Las viejas chismosas fueron a contarle a Curán lo que les había sucedido la noche anterior, y Curán, que era muy curiosa, quiso ver lo que le habían contado.

Cuando llegó la segunda noche, Arianda y Yurupary volvieron a examinar los espíritus del cielo y comenzaron de nuevo a presenciar la fiesta.

Vieron cosas aún peores que la noche anterior. Por cada tenuina había cinco ariandas.

Y Yurupary se indignaba y Arianda callaba, pues era la primera vez que éste veía semejante cosa en su maloca.

Llegó la media noche y Arianda vio a su hija Curán saltar de la hamaca y dirigirse hasta el umbral de la casa de la fiesta, donde un tenuina la tomó y la desfloró.

Entonces Arianda lanzó un gemido y Yurupary que lo escuchaba, preguntó:

—¿Qué tienes?

—La desgracia delante de mis ojos.

—Si mi ley ya rigiera, eso no habría podido suceder; pero quien tomó a tu hija se casará con ella, y todo será reparado.

Y Arianda, lamentándose por lo que había visto, devolvió el espíritu del cielo a Yurupary, diciéndole:

—Aquí está tu piedra, no me sirve ya, porque no quiero ver nada más. Voy a dormir para tratar de olvidar mi desgracia, y cuando termines de mirar, despiértame y seguiremos hablando.

Y Yurupary se quedó solo y siguió mirando, pero todo era más feo.

El *curâmpa*[73] ya cantaba al lado del camino cuando volvieron los salvadores de la luna, mientras la fiesta seguía más desenfrenada, y Yurupary, para no ver, escondió en su *matiry* el espíritu del cielo.

Despertó a Arianda y siguieron hablando sobre las cosas del futuro.

Cuando salió el Sol del cuarto día, los dos *tuixáuas* volvieron a la maloca y pronto todos notaron en Arianda una profunda tristeza y en Yurupary algo de terrible y amenazante.

—Compañeros, —dijo Yurupary—, acomódense y hablemos:

Mañana oirán de mi boca amargas verdades. Han abusado de-

[73] Pequeño buho (Stradelli). "Posiblemente el *Carine noctua*" (PRL).

masiado de la libertad que les di, pero a pesar de esto vayan ahora a recuperar las fuerzas perdidas.

Al día siguiente así volvió a hablar Yurupary:

—Puesto que me obligan a ello, debo decirles a muchos amargas verdades.

Jamás pensé que hubiera gente tan pervertida como ustedes.

Que un hombre se aproveche de la debilidad de una mujer, puede ser natural, pero que satisfaga a cinco, es un hecho nuevo que sólo se ha visto que hagan los reformadores en la tierra de Arianda.

Si mañana las otras tribus se enteran de que los habitantes de Tenui son gente mala, que nada respetan, ¿cómo podrán creerles que son los que deben reformar los usos y costumbres de toda la tierra?

Si esto se repite, los abandonaré e iré a buscar otro pueblo para educarlo, el cual necesariamente tendrá que ser mejor que ustedes.

Abusaron de tal manera de la libertad que les di, que ahora el dolor me crece en el corazón y lo llena de ira; ni siquiera Curán, la hija de Arianda, se les escapó de las manos.

¿Cuál de ustedes fue quien violó a Curán? ¿Ninguno? Quienquiera que haya sido se oculta inútilmente, pues yo vi todo lo que sucedió y Arianda también. Un nuevo ser, que verá el Sol como nosotros, está ahora en el seno de Curán; y por eso prometí que el que la violó, arreglaría todo casándose con ella. No puedo dejar de cumplir mi palabra. ¡Que se presente el que haya sido!

Y como no se presentaba nadie, Yurupary sacó del *matiry* el espíritu del cielo, donde estaba pintado todo lo que había sucedido, y mostrándolo a su gente dijo:

—Aquí está pintada Curán, sufriendo su dolor y éste es quien lo causa. ¿Quién es?

Y el joven que reconoció su propia figura, bajó la cabeza avergonzado.

—Fui yo *tuixáua* —dijo Caminda—, pero nunca imaginé que hubiera tenido una doncella tan hermosa, porque no pude ver su belleza en las sombras de la noche.

—Y serás tú mismo quien se case con Curán, porque ya se lo he prometido a su padre. Mañana tendrá lugar la boda y luego terminaremos nuestras fiestas.

Pero si los jóvenes merecieron ser reprendidos, no lo fueron menos los viejos que se olvidaron de su edad y quisieron satisfacer a las mujeres cuando ya no podían hacerlo.

—Mañana asistiremos a las bodas de Caminda; preparen hoy todos los ornamentos, y al aparecer las primeras alegrías en el cielo partiremos para la maloca de Arianda.

Cuando enrojecía el Oriente, Yurupary y los suyos se dirigieron a la maloca de Arianda donde ya la música anunciaba la próxima fiesta; los habitantes, adornados con plumas, estaban reunidos frente a la casa de la fiesta.

Al llegar dijo Yurupary: —Compañeros, esta noche va a casarse nuestro pariente Caminda con la bella Curán. El matrimonio nos asegurará la colaboración de todos estos jóvenes en la reforma que debemos llevar a cabo en esta tierra; sepan, sin embargo, que no quiero arreglar nada más de este modo.

Cuando hubo terminado de hablar, Arianda y Yurupary se recogieron en la casa, fuera del poblado, para hablar sobre las futuras fiestas y los tenuinas se quedaron en la casa del baile.

Los viejos, que habían sido tan severamente amonestados por Yurupary, estaban cautelosos y en silencio, sin atreverse a mirar siquiera a las ariandas.

El día era festivo y las mujeres servían los alimentos y bebidas habituales de los tenuinas y éstos comían y bebían, porque no les era permitido rehusar, y así, hacia el anochecer, los tenuinas y los ariandas estaban casi borrachos.

Las mujeres trataban de aprovecharse de las circunstancias para hacer lo que querían, pero viejos y jóvenes resistían, recordando las palabras de Yurupary.

Llegó la noche y la música entró en la casa precediendo a los esposos y a los *tuixáua,* seguidos por los otros, y se formó un gran círculo en cuyo centro estaba el de los esposos, y comenzó la música.

Cuando la rueda de los esposos daba vuelta hacia la derecha, los otros seguían a la izquierda, o al contrario, y así continuaron

bebiendo y danzando hasta media noche. Entonces los esposos, ya casi borrachos, fueron conducidos a la alcoba nupcial, donde los dejaron solos por un rato.

Pasado el tiempo establecido por la costumbre, los esposos volvieron a entrar en la gran rueda, donde recibieron de todos el saludo del *macuhy* *.

Cuando apuntaba el sol, los esposos entraron otra vez en la alcoba nupcial, de donde sólo debían salir a la media noche próxima para dar fin al matrimonio.

Arianda y Yurupary volvieron a la casa fuera del poblado y Arianda le pidió a Yurupary que no sacara los espíritus del cielo y que diera completa libertad a su gente.

—Si así lo quieres, vé y dásela tú mismo.

Y Arianda fue a hacerlo, pero cuando llegó cerca de la casa de la fiesta vio que iba a hacer un acto fútil y regresó.

Cuando fue medianoche, los *tuixáua* volvieron, y los esposos, fuera ya de la alcoba nupcial, se colocaron en el centro de la gran rueda, donde recibieron de cada uno de los presentes un golpe propinado con varas flagelantes.

Y cuando Camina y Curán recibieron el último golpe con el bejuco sobre el que el *payé* había soplado, volvieron a la alcoba, de donde no debían salir hasta el mediodía siguiente para asistir al gran banquete.

Los jefes se retiraron y la fiesta continuó.

Cuando llegó la hora del gran banquete, los esposos recibieron de manos de los *tuixáua* sus coronas de plumas, y adornados con ellas fueron al banquete, al cual todos asistieron.

Y así fueron casados Caminda y Curán.

Al día siguiente Yurupary y su gente regresaron a casa, a donde volvió incluso Caminda, que se alejó por tres días de su mujer.

Los dos *tuixáua* habían convenido que la fiesta de Yurupary debía comenzar aquel mismo día, pero que antes Arianda man-

* "*Macuhy*- látigo?". (PRL).

daría a las mujeres a pescar cangrejos, por tres días, en el *ygarapé* de la *Mycura*[74].

Curán fue la única que no fue con ellas, protextando que estaba enferma.

Aquel mismo día Arianda salió con su gente hacia la *Yurupary-oca,* donde, tan pronto vino la noche, comenzó la fiesta.

Cuando la noche llegó a la mitad, Yurupary puso a un lado los instrumentos y dio todas las normas de su ley, las que debían regir los usos y costumbres de toda la tierra.

Y cuando hubo terminado, dijo: —Ahora que ya saben todo lo que deben saber, les enseñaré el canto de Yurupary, que sólo se enseñará a los jóvenes cuando sean admitidos por primera vez en la fiesta de los hombres y sepan guardar el secreto.

Y dijo a Arianda: —Deja tu instrumento y acompaña el canto, y contigo acompañen el canto todos los que no tienen instrumentos.

Curán, a quien su marido y su padre creían dormida en la maloca, salió tan pronto sus parientes se fueron y los siguió desde lejos hasta la *Yurupary-oca;* al llegar la noche, desde lo alto de una roca que estaba cerca de ellos, vio todo lo que sucedía y oyó la ley y aprendió la música y el canto de Yurupary.

Y cuando aprendió todos los secretos, volvió a la maloca antes de llegar el día, habiéndose forjado en el corazón un deseo que se prometió cumplir.

Las fiestas terminaron al tercer día y Yurupary se despidió de Arianda. Cuando los tenuinas estuvieron solos con su *tuixáua,* Yurupary dijo:

—Sepan que todavía debo cumplir una promesa en la Sierra de Tenui, y los que tengan allí a su madre cerca de la mía volverán conmigo, porque debemos cumplirla todos juntos.

Los otros pueden volver o quedarse a voluntad, ya que poco me queda por enseñar, pero los que vengan conmigo estarán obligados a enseñar a los otros lo que aún falta.

Partiremos cuando aparezca la luna.

---

[74] Especie de *sariga* (mamífero marsupial de la América meridional). [Comadreja].

Apenas se asomó la luna, Yurupary ordenó a sus compañeros que se sentaran sobre la estera de *naruman;* después partieron. Al llegar a la maloca, temprano en la mañana, no encontraron a nadie.

Sólo hallaron en todas las casas huesos de niños, y en la de Yurupary un cuarto lleno de cabellos de mujer.

Los compañeros de Yurupary preguntaron: —¿Qué significa esto?

—Después de haber cumplido nuestra promesa, les contaré lo que pasó: quiero tener el corazón desprovisto de cólera para poder llorar.

Hoy es la noche de la maldad de la luna, y antes de que ésta aparezca, deseo que quemen todos los huesos que están en las casas, y que me traigan sus cenizas para beberlas en el *cachirí.*

Voy a hacer nuestras vestimentas con los cabellos que las mujeres dejaron *, para que nuestras madres no nos reconozcan cuando estemos llorando cerca de ellas, y fabricaré los dos instrumentos que deben llorar con nosotros, los cuales serán tocados por mí y por Caryda, a quien he elegido para que me acompañe por toda la tierra.

Cuando la luna esté inquietando a las mujeres, vengan aquí para preparar las bebidas y para subir a la cima de la montaña.

Así se hizo, y después de haber reducido los huesos a cenizas, las mezclaron con el *cachirí* y cuando todo estuvo listo dijo Yurupary:

—Ha llegado la hora de cumplir nuestra promesa; bebamos las cenizas de nuestros parientes para que no se pierdan en el seno de la tierra, y tú, Caryda, toma tu instrumento; vistámonos todos con estos vestidos hechos de pelo, para que nuestras madres no nos reconozcan, y vámonos luego a llorar donde están.

---

* "*Máscara del Yurupary.* La primera fue fabricada como lo refiere la leyenda con los cabellos humanos de las personas sacrificadas por las mujeres antes de huir y por venganza a Yurupary al establecer sus leyes que las excluía de toda ingerencia en los asuntos importantes de la tribu. Con ellas se dió fin al matriarcado entre los *tenuinas.* Está prohibido bajo pena de muerte que las mujeres las vean". (PRL).

Y Yurupary y Caryda, en pie delante de sus madres, tocaron la marcha de los muertos, y sus amigos los acompañaron llorando frente a sus propias madres.

Cuando la luna redujo su maldad, los cuerpos de aquellas mujeres se inclinaron hacia la tierra, hasta quedar allí extendidos, y Yurupary dijo:

—Compañeros, nuestra misión está cumplida, que cada uno entierre a su madre.

Yurupary tomó el cuerpo de su madre, voló con él a la Sierra de Marubitena * y allí lo dejó, diciendo:

—Te dejo sobre esta montaña para que seas útil a todos y para que de tu cuerpo nazcan plantas preciosas que sirvan para curar los amores infelices.

Cuando apareció el Sol, todo era silencio y tristeza en la Sierra de Tenui.

Fue con el Sol del tercer día cuando Yurupary dio la señal de reunión.

—Ahora, —dijo—, les contaré lo que sucedió durante nuestra ausencia.

Al día siguiente de nuestra partida para el Aiarí, las mujeres nos buscaron por todas partes, tristes y desesperadas por nuestra desaparición.

Ninguna sabía qué dirección habíamos tomado, y se reunieron todas para tomar su decisión.

Arauyry, joven astuta y llena de maldad, dijo:

—El que los hombres nos hayan abandonado sin motivo y sin decirnos nada, quiere decir que nunca volverán a poner los pies aquí; por eso, y para que no se propague la raza de estos hombres sin amor, sin corazón, propongo que se les dé muerte a todos los niños varones.

Y Pesparen agregó: —No sólo hay que matar a todos los hijos varones de estos hombres ingratos, sino que además debemos cortarnos el cabello, que aún conserva el olor de los labios de los trai-

* "Marubitana [*sic*]. Debe de ser la Sierra de Marabitanos, en territorio venezolano" (PRL).

dores, para guardarlo en la casa de Yurupary; después podremos buscar un nuevo destino.

Nuré, que tenía más de un hombre, y entre ellos a Caryda, dijo:

—Todo eso está bien, pero para que no quede nadie, llevemos también a nuestras parientas de piedra y con ellas a Seucy.

Saén, joven ardiente y exagerada, propuso en fin que mediante una operación, se imposibilitara a las mujeres para que nunca más cedieran ante los hombres.

Y todo fue aprobado, y lo primero que intentaron hacer fue sacar a nuestras madres, pero no pudieron. Entonces se cortaron el cabello y lo depositaron allí, mataron a todos los varones y les cortaron los labios, uniéndolos con resina de *uanany** para que se cerraran.

Y ahora ellas van descendiendo el río a la deriva, sin más guía que la corriente.

Sepan ahora que los instrumentos para llorar a los muertos deben ser tocados solamente por el *payé* o por el *tuixáua*, cuando lloren a sus parientes y beban sus cenizas.

Y entonces Yurupary se dio cuenta que algo se movía en el *matiry*: puso la mano dentro y sintió que algo le hería los dedos.

—¡Compañeros, somos traicionados!

Y mientras los compañeros preguntaban quién los había traicionado, extrajo del *matiry* uno de los espíritus del cielo y vio a Curán con todas las mujeres ariandas celebrando el *dabacury* y tocando y cantando la música y el canto de la fiesta de los hombres. Sacó entonces otra piedra en la que todo quedaba retratado y la sostuvo en la mano, y vio a Curán en lo alto de una piedra presenciando toda la fiesta. Lleno de tristeza habló así:

—¿No podrá existir jamás sobre la tierra una mujer realmente de buen juicio?

Curán, a quien todos creían que se hallaba enferma en su casa, presenció toda nuestra fiesta. Caryda y yo partiremos de inmediato.

* *Uamany*-: "Posible que esta resina sea la producción [*sic*] por el *Symphonia globulifera* [...] familia de las Gutíferas, conocida también con el nombre de *Peraman*". (PRL.)

—¡Y qué haremos sin ti?

—Irán por toda la tierra a enseñar la ley, la música y el canto de Yurupary.

Caryda, asegúrate bien a mi espalda, porque vamos a caer en la tierra de los ariandas.

Y Caryda preguntó: —¿Qué debo hacer cuando lleguemos?

—Debes transformarte en insecto y penetrar en el instrumento que está tocando Curán para roer toda la cera que le da la voz.

Y al mismo tiempo le dio un talismán para que se lo metiera en la nariz cuando se transformara en insecto.

Al volver Caminda a la maloca supo que Curán ya había sanado.

Arianda, que se había convertido en reformador de los viejos usos y costumbres de su tierra, ordenó a los *payés* que enseñaran los nuevos, pero de manera que las mujeres nunca sospecharan que era obra de Yurupary.

Un día Curán reunió a todas las mujeres fuera de las maloca y les reveló el secreto de Yurupary; les dijo cómo eran los instrumentos y cantó la música y el canto de Yurupary.

—Y es por esto, —concluyó— que los hombres han dejado de hacer nuestra voluntad.

Para que ellos crean que no sabemos nada, vamos a organizar también nuestro Yurupary y a hacer nuestra fiesta, que debe ser inaugurada con un *dabacury* de tapioca. De ahora en adelante debemos reunirnos aquí todas las tardes para aprender el canto de Yurupary, hasta que pueda robar el instrumento que mi marido tiene escondido.

Esta misma noche cuando salga, lo seguiré para saber a dónde va, y si lo descubro, mañana mismo tendremos nuestros instrumentos hechos sobre el modelo que él tiene; pero ante todo, discreción.

Los viejos, que eran despreciados por sus compañeras, resolvieron alejarse y volver con las nunuibas.

Apenas llegó la noche, recurrieron a su amuleto y volaron a la tierra donde había sido castigado Ualri, y al pasar por el lugar donde lo quemaron, fueron apedreados por su sombra.

Esa misma noche, al llegar Caminda, Curán fingió dormir.

Y cuando después de haberla visto con los ojos cerrados, Caminda salió de la casa, Curán lo siguió hasta las aguas quietas de la cascada, donde Caminda había escondido su instrumento.

Entonces Curán, sabiendo ya lo que deseaba, volvió a casa. En el momento en que se disponía a entrar, sintió que la llamaban y al darse vuelta vio a un hermoso joven que le hacía señas como si le quisiera hablar.

Ella lo siguió y él la condujo a un lugar apartado donde se le ofreció para hacer los instrumentos, diciéndole que era indispensable que se robara el de Caminda, para que estuvieran completos.

Y Curán, fascinada por la belleza del joven, ni siquiera le preguntó quién era; sólo quiso saber cuándo volvería a verlo.

—Mañana, en el mismo lugar, para entregarte los instrumentos.

Cuando Curán volvió a su hamaca, se durmió inmediatamente, y soñó toda la noche con una gran fiesta en la que el ejecutante principal era el hermoso joven que le había prometido los instrumentos.

Llegada la mañana, les reveló a sus compañeras que tenía por músico a un hermoso muchacho, y les dijo que todo estaba listo y que prepararan los panes de tapioca para el *dabacury* que debía llevarse a cabo al día siguiente.

Al volver la noche, Caminda se dirigió a buscar su instrumento, y Curán a encontrarse con el joven que le dio los intrumentos iguales a los de Yurupary; sólo faltaba uno. Dándoselos dijo:

—Aquí tienes lo que te prometí, sólo falta un instrumento, pero tú sabes dónde encontrarlo.

—¿No vienes con nosotras?

—La fiesta es únicamente para mujeres, y no sería apropiado que yo estuviera allí.

—Por lo menos ven a beber el *cachirí* con nosotras, porque quiero que te conozcan mis compañeras.

—Volveré para ver a tus compañeras, pero no digas a nadie que fui yo quien te dio los instrumentos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cudeabumá [75].

[75] Espíritu maligno, en pamary.

—¿Y de qué lugar eres hijo?

—De la tierra de las cenizas. Pero vete ya que viene tu marido. Mañana, cuando el sol esté en posición perpendicular, busca su instrumento y celebra luego el *dabacury* acompañado por la música y el canto de Yurupary.

Y el joven desapareció en las sombras de la noche y Curán volvió a su casa. Más tarde, al regresar Caminda, la encontró despierta y pensativa, por lo que le preguntó qué tenía.

—Me desperté y fui a buscarte a la hamaca, pero tú no estabas, temí que hubieras huído.

—No tengo motivos para huír de tu lado; había ido a mirar la salida de la luna que ha venido a inquietar a todas las mujeres.

—Si estás celoso de la luna, ven conmigo a la hamaca para que me defiendas.

Y Caminda se acostó con su mujer. Sucedió entonces que durante la noche Curán soñó con Cudeabumá, y lo llamó mientras abrazaba a Caminda, y éste oyó todo.

Cuando se levantó por la mañana, no dijo nada, pensando que había podido ser la luna entrando en Curán, a pesar de que ella se resistía.

Al llegar el Sol a la mitad del cielo, los ariandas oyeron la música y el canto de Yurupary y corrieron para ver quién se aproximaba tocando; y vieron a las mujeres que venían del desembarcadero, unas tocando, otras cantando, y todas llevando sobre la espalda canastos llenos de tapioca.

Cuando fueron a comprobar si sus instrumentos estaban todavía donde los habían dejado, todos los encontraron, excepto Caminda que no halló el suyo.

Quedaron atónitos ante tal profanación, y nadie pudo responder a Caminda que preguntaba quién se había llevado su instrumento. Entonces él quiso arrojarse sobre Curán para matarla y cumplir así la ley de Yurupary, pero Arianda se lo impidió diciendo:

—No creo que tu instrumento se halle entre los que están sonando, vé y busca mejor y podrás encontrarlo.

Y Caminda volvió otra vez al raudal y buscó su instrumento.

En aquel instante el instrumento de Curán paulatinamente comenzó a perder la voz, hasta que calló del todo.

Y entre las bailarinas se levantó una gran humareda que las hizo enloquecer, y reían y no sabían por qué.

Entre ellas aparecieron entonces Yurupary y Caryda que en un momento les quitaron los instrumentos de las manos y los echaron al fuego.

Yurupary entregó a Caminda el instrumento que le pertenecía, diciéndole:

—Nunca te fíes de las mujeres. Si hubieras hecho ir a Curán a pescar con las otras mujeres no sucedería lo que estamos viendo.

Ella presenció desde lo alto de una piedra la fiesta de los hombres y sólo se retiró en la mañana, cuando ya conocía todos nuestros secretos.

Curán robó el instrumento de Caminda, porque él no lo supo esconder como hicieron sus compañeros; ahora quiero saber quién le dio los otros, y lo sabré porque nada se me puede ocultar.

Yurupary saco del *matiry* los espíritus del cielo y en ellos vio reflejado a Cudeabumá que se reía, y dijo:

—¡Aquí están ya estas malas sombras sobre la tierra para traer la ruina de las mujeres!

—¿Y quiénes son?

—*Uancten mascan.*

—¿Las que nacieron de las cenizas de Ualri?

—Las mismas.

—¿Y qué podemos hacer para que estas infortunadas se olviden del delito que cometieron?

—Destruir los vestigios de su delito.

—Pero las sombras de Ualri volverán a tentarlas.

—Las tentarán siempre, hasta que muera la tierra. Cuando llegue la noche, espolvoreen con ají todas las casas para ahuyentar a las sombras, y arrojen al río los canastos de tapioca y los ornamentos de plumas, y mañana, cuando las mujeres despierten, échenles *xicantá* encima.

Arianda le pidió a Yurupary que se quedara una luna más para enseñar a las mujeres el camino que debían seguir.

—¿Y por qué no lo haces tú? Cumple y haz cumplir mi ley. No obstante, fingiré ser *payé* ante todos y me quedaré media luna más contigo.

El mismo Yurupary fue quien al día siguiente despertó a todas las mujeres, y éstas apenas estuvieron despiertas querían aferrarse a él, pero Yurupary huía rápidamente.

Y transformado en *payé* las reunió a todas y les habló así:

—Si no fuera por la compasión que me inspiran, no las pondría en guardia contra la sentencia, que a causa de sus locuras, pesa sobre ustedes.

En la mente del *tuixáua* están condenadas a morir, porque faltaron a las leyes del Sol.

Dentro de tres días les diré lo que deben hacer para escapar la ira de nuestro *tuixáua*.

Y muchas dijeron: —¿Por qué no nos lo dices ahora?

—Porque se muestran impacientes por saberlo y espero hasta que tengan paciencia.

Y cuando llegó el tercer día, Yurupary las reunió y les dijo:

—Ahora les daré mis normas para su conducta.

El Sol es quien las ha establecido y se llaman las leyes de Yurupary, a las que están sujetos hombres y mujeres; quien no las cumpla será condenado a la muerte.

Por lo tanto, si quieren vivir en paz sobre la tierra, deben obedecer estas leyes.

Y las mujeres dijeron: —Enséñanos las leyes, para que las podamos cumplir.

—Estas son —dijo Yurupary:

—Una mujer, para que sea buena, debe casarse con un solo hombre y vivir con él hasta la muerte y serle fiel, y no traicionarlo por ninguna razón. No intentará saber los secretos de los hombres, ni lo que pase a los otros, ni tampoco querrá experimentar lo que le parezca placentero. Debe ayunar una luna entera, hasta que Yurupary haya preparado los alimentos que le están destinados. No debe tampoco ceder a las sombras que nacieron de Ualri y que están siempre protegidas por las sombras de la noche.

Estas son las cosas más importantes que de ahora en adelante deben observar escrupulosamente para no caer de nuevo en la ira del *tuixáua*. Las que faltan aún, se las diré más tarde.

Y ellas le prometieron obedecerle en todo, y luego no se acordaron ya de lo que había sucedido.

Después Yurupary se dirigió a la casa apartada con Arianda y Caryda y allí se quitó su disfraz.

—Les dije a tus mujeres las cosas más importantes que deben saber, y prometí que durante cada maldad de la luna habrá reuniones en las que los *payés* les enseñarán lo que todavía falta. Llama ahora a tus *payés* y diles qué obligaciones tienen, y haz que la cumplan y todo será mejor.

Cuando las mujeres sean conscientes del peligro que corren si no observan nuestras leyes, tú podrás actuar libremente, y celebrar las fiestas de los hombres aquí en la maloca, porque ellas no querrán exponerse a perder la vida. Y si alguna de ellas no obedece, mátala a la vista de todas, para que esto sirva de escarmiento a sus compañeras.

Caryda te enseñará hoy mismo la música de los muertos, que será tocada cuando deban llorar a los que murieron y cuando beban sus cenizas.

Toma estos ornamentos y esta máscara que utilizarás únicamente en esos días, pero que sólo podrán usar el *tuixáua* y el *payé*.

Mientras tanto las mujeres ni siquiera osaban salir de su casa por miedo de hacer algo malo.

Pero Curán, que era astuta y audaz, pasaba los días enteros en la cascada, sentada en una piedra con la cabeza entre las manos.

Caminda iba todas las tardes a buscarla para llevarla de vuelta a casa, pero una tarde no la encontró allí y, desesperado, reunió a todos los hombres del pueblo y se puso a buscarla inútilmente; aún hoy nadie sabe qué suerte tuvo. Casi todos creían que La Gran Serpiente se la había llevado al fondo de las aguas. Pero también cuentan que desde entonces, en el centro de la cascada de Nusqué-buscá, aparece a medianoche una mujer hermosísima de cabellos negros, que después de tocar y cantar la música y el canto de Yurupary, desaparece entre las aguas.

Antes de que llegara la hora de la maldad de la luna, Caryda fue atacado por dos *tananá*[76] que se arrojaron sobre él con la fuerza de un *curaby*[77].

Caryda corrió hacia donde se encontraba Yurupary, pero hasta allí lo siguieron los *tananá.*

Y entonces Yurupary, viendo perseguido a Caryda, dijo:

—Somos traicionados otra vez. Sacó los espíritus del cielo y vio a dos de los viejos tenuinas que tocaban y cantaban la música y el canto de Yurupary en medio de las mujeres.

—Caryda, agárrate de mí fuertemente porque debemos partir.

Y volaron en dirección de la *maloca-nunuiba* y con ellos volaron también los *tananá.* Yurupary trató de cazarlos, pero desaparecieron ante su vista.

Y Caryda preguntó: —¿Adónde vamos?

—A castigar a los traidores.

—¿Eran ellos los dos *tananá?*

—No, pero sus amos fueron quienes los mandaron a espiar.

—Entonces ya estarán allá y los viejos tendrán tiempo de esconderse.

—¿Dónde podrán esconderse que yo no lo sepa? Aunque se escondieran en el seno del agua, o en el de la tierra, o en el aire, siempre los encontraré.

Y entretanto pasaban sobre el lugar donde había estado la *Yurupary-oca,* y Yurupary le preguntó a Caryda:

—¿Dónde está tu talismán?

—Aquí está.

—Dámelo y toma éste con el que perseguirás a uno de los traidores hasta matarlo. Podrás llevar a cabo todo lo que te propones si metiéndolo en la nariz mantienes en el corazón la voluntad de hacer lo que quieres.

Y Yurupary consultó los espíritus del cielo y vio a los traidores, uno en forma de tapir, el otro en forma de gusano, que huyendo entraban por la grieta de una piedra.

—Yo voy tras el tapir y tú sigue a éste. Y Yurupary se transformó rápidamente en un gran jaguar, y siguió las huellas del

[76] Grillos grandes que le deben el nombre al ruido que hacen (en nheêngatú).

[77] Flecha envenenada que se lanza con la mano (en nheêngatú).

tapir con la velocidad de una flecha; y Caryda se cambio en *tatú* * y entró por la fisura de la piedra tras el gusano.

Cuando Yurupary llegó al Río Inambú, ya el tapir había pasado a la otra orilla, y como no podía mojar el *matiry,* se convirtió nuevamente en hombre y cruzó el río. Pero cuando él casi estaba al otro lado, el tapir se había convertido en *cujuby* y volaba en dirección del Río Isana, así es que se transformó rápidamente en un pequeño y ligero gavilán y se fue tras él.

Cuando llegó a la orilla del río, el *cujuby* se había vuelto una gran serpiente y se había escondido en el agua, y Yurupary, que no podía mojar el *matiry* ni separarse de él, decidió atrapar a la serpiente por medio de un *cacury* **.

Con tal fin con una isla hizo uno de los lados del *cacury,* y con piedras amontonadas el resto, dejando en el centro un paso libre por donde debía entrar la serpiente; y para saber cuándo entraba, puso de guardia un *caucao* ***.

Cuando todo estuvo terminado, Yurupary volvió al lugar donde estaba la serpiente y echó en el agua una buena cantidad de ají.

En cuanto la serpiente se sintió quemada por el ají, se fue al fondo del río y cuando ya entraba en el *cacury,* el *caucao* dio la señal haciendo mucho ruido.

La serpiente lo oyó, y queriendo saber lo que era, se metamorfoseó en sapo y subió a la superficie del agua; entonces Yurupary le arrojó un amuleto sobre la cabeza y lo convirtió en piedra.

Una vez que se consumó la venganza, salió en busca de Caryda, y cuando llegó a la montaña y vio la abertura que penetraba hondo en la tierra, dudando de la experiencia de éste, consultó el espíritu del cielo y vio que el gusano ya estaba en el Río Cuduiary transformado en chicharra. Volviéndose entonces *diuná*[78] se dirigió rápidamente en esa dirección y allí descubrió que la

* Armadillo.

** "*Cucury-* Es una especie de gran jaula formando cámara, construída con un enrejado de palma bastante alto para superar la superficie del agua de un medio metro con una estrecha abertura en uno de los lados". (PRL).

*** "*Caucao* (*sic*). Debe referirse más bien al *Caracarao,* ave trompeta o *Yacamy* que hace mucho ruido y es magnífico vigilante". (PRL).

[78] Pequeño halcón, pero muy audaz.

chicharra estaba cantando sobre una piedra y al instante la convirtió en musgo.

Regresó entonces a buscar a Caryda, que entre tanto había penetrado casi hasta el centro de la tierra persiguiendo al gusano, y como no podía oirlo porque estaba muy lejos, echó en la hendidura un poco de polvo que se cambió rápidamente en hormigas que desaparecieron por la abertura.

Picado por las hormigas, salió Caryda, y entonces Yurupary le preguntó dónde estaba su enemigo, y él contestó:

—Creo que las hormigas se lo han comido.

—¿Estás seguro de su muerte?

—No lo sé, pero supongo que murió.

—Pues bien, vamos a ver si es verdad lo que me dices. Y tomó entonces el espíritu del cielo y le mostró al viejo convertido en musgo, y le preguntó:

—¿Por qué no recurriste a tu piedra?

—Porque no creí que un gusano fuera capaz de engañar a un *tatú*. Pero ahora te ruego que me digas cómo revelaron estos dos viejos nuestros secretos a las mujeres.

—Todas las mujeres son curiosas, y desde el día que salimos de nuestra casa, las mujeres, que fueron la desgracia de Ualri, no dejaron nunca de indagar la causa de nuestra desaparición.

Estos dos viejos volvieron a la tierra de los nunuibas para enseñar nuestras leyes, y apenas llegaron los rodearon las mujeres para enterarse de lo que querían, y como ellos eran de voluntad frágil les enseñaron todos nuestros secretos y la música y el canto de Yurupary.

Pero después, dudando que yo supiera algo, mandaron sus amuletos para que avisaran cuando yo llegara, pero aunque les hubieran avisado a tiempo, habrían sido castigados lo mismo.

Las mujeres que no sabían nada de lo que había pasado, pensaron que los viejos se habían escondido para no acompañarlas en las fiestas.

—¿Y qué hacen esos dos viejos que se han quedado allá?

—Enseñan al *tuixáua* y al *payé* la música y el canto de Yurupary.

A Yurupary no le gustaba saber por anticipado lo que iba a ocurrir, y por eso no sabía lo que pasaba con los otros dos viejos que se habían quedado con las nunuibas.

Las nunuibas, viendo que los viejos no aparecían, fueron a seducir a los otros dos que quedaban, con toda clase de artificios, para que acabaran de enseñarles la música y el canto de Yurupary.

Miuá, la más experta en el arte de la dulzura, obró de tal manera que ellos cedieron y prometieron revelar todos los secretos de Yurupary y también darles los instrumentos.

Una promesa se cumplió: al día siguiente los viejos completaron los instrumentos para poder comenzar la fiesta esa noche.

Cuando llegó la noche, todas las mujeres de la maloca nunuiba estaban reunidas en la sala de la fiesta, y los dos viejos comenzaron a tocar sus instrumentos con las mujeres y las que no tenían instrumentos acompañaban con el canto.

El *tuixáua* Nunuiba estaba con los suyos viendo la fiesta y pensó que la tal ley de Yurupary era un engaño inventado por los dos viejos, y así comentaba con su gente:

—¿No ven cómo ésos nos quieren engañar con Yurupary? Ayer nos decían que todo debía ser un secreto para las mujeres y hoy ellos mismos son quienes se lo enseñan.

Si fuera verdad que el Sol mandó a Yurupary a darles sus leyes, ¿serían ellos los primeros en desobedecerlas?

Pero entonces el *payé* dijo: —En verdad Yurupary existe, y existen estas leyes que tarde o temprano ustedes conocerán también, y estos dos no son más que violadores de sus leyes y pagarán cara su propia debilidad.

Sucedió que en la tercera noche, cuando comenzaba a pasar la borrachera, los dos viejos se dieron cuenta de la falta que estaban cometiendo y huyeron de la sala y se escondieron en la selva porque sabían que el castigo vendría pronto.

Nunuiba y su gente, viéndolos huír, le preguntaron al *payé*:

—¿Por qué huyen?

—Porque viene Yurupary para castigarlos.

Entonces todos vieron un gran humo blanco que se levantaba en el centro de la sala, y pronto los instrumentos quedaron sin voz,

y sin voz quedaron las cantantes y todos permanecieron en la posición en que se encontraban.

Y las que bailaban seguían bailando, y las que tocaban hacían como si tocaran, pero todo quedó en un silencio profundo.

Nunuiba preguntó al *payé*: —¿Qué es esto?

—El castigo de Yurupary.

—¿Y dónde está él?

—En la selva, persiguiendo a los traidores.

Y en aquel momento se oyeron grandes risotadas provenientes de muchas partes, y todos preguntaron:

—¿Quiénes son los que se ríen de nuestra desgracia?

—Los *Uancten mascan* que se divierten con el castigo que Yurupary da a nuestras mujeres que causaron la pérdida de Ualri. ¿Ustedes ya no recuerdan a Ualri, que sobre la hoguera dijo que se vengaría? Diadue fue la primera que sufrió su venganza, y las que fueron sus cómplices tendrán que pagar también ahora.

Y Nunuiba le preguntó al *payé* si no podía remediar todos esos males.

—Nunca estaré contra el hijo del Sol. Sería más fácil que me arrojara contra una piedra, que hacerle mal a Yurupary, que es mucho más fuerte que yo.

Mientras tanto Yurupary y Caryda, convertidos en perros, corrían tras los fugitivos que a su vez se transformaron en *ayuti,* y cuando estaban ya por alcanzarlos, se volvieron pájaros, y siguieron la corriente del río.

—Caryda —gritó Yurupary—, nuestros enemigos ya vuelan como pájaros, volemos nosotros también detrás de ellos.

Y juntos volaron, convertidos en livianos pajaritos, y cuando ya estaban a punto de alcanzarlos, los dos perseguidos se volvieron granitos de piedra, y los perdieron de vista. Se vieron entonces obligados a posarse sobre una piedra donde Yurupary, habiendo sacado el espíritu del cielo, vio que uno corría cambiado en ciervo, y que el otro se había escondido transformado en cangrejo.

Y dijo Yurupary: —Tú sigue a éste, yo seguiré al ciervo.

Y Yurupary voló como un águila y corrió tras el ciervo alcanzándolo cuando llegaba al río, y allí mismo le hundió las uñas en la carne y lo transformó en piedra.

Entre tanto Caryda se había arrojado al agua hecho nutria, y el cangrejo, apenas sintió la nutria se volvió *pirahíua* [79] grande, y vino al encuentro de la nutria, y como ésta no tuvo tiempo de cambiar, se la tragó.

Caryda, ya dentro de la panza de la *pirahíua,* se reía de la placidez con que ésta remontaba el río. Llegados a donde el agua duerme al pie de la cascada, la nutria se volvió puerco espín, de manera que la pobre *pirahíua* comenzó a dar saltos desesperados hasta que fue a clavarse en la arena donde murió.

Entonces salió Caryda del vientre de la *pirahíua* riendo por haberla engañado de tal modo, y viendo a Yurupary sentado sobre una piedra y mirando la muerte del último traidor, le dijo:

—¿Te han divertido los últimos saltos que daba la *pirahíua* mientras yo le picaba el vientre?

—Muchísimo. ¿Dónde está tu talismán?

—Aquí está.

—Bien. Volvamos ahora a donde hemos dejado a las nunuibas casi enloquecidas, que a esta hora deben estar medio muertas de sed y hambre. Conviértete en pequeño gavilán, yo me convertiré en *maccary* *, y cuando lleguemos a la sala de las fiestas iremos a posarnos sobre la viga mayor.

Nunuiba y los suyos estaban ya desesperados viendo el estado lamentable en que se encontraban sus mujeres.

Sólo el *payé* estaba tranquilo y no respondía a las preguntas que le hacían; fumaba su cigarro y aspiraba grandes cantidades de *caraiurú* y de cuando en cuando miraba hacia el Oriente como si esperara a alguien.

Las risotadas que venían del bosque cercano, mezcladas con silbidos, hacían perder cada vez más la cabeza a los hombres ante tan triste estado, y Nunuiba entonces se agarró del *payé* gritando:

—Por qué no vamos a matar a esas sombras que se burlan de nosotros con sus silbidos y risotadas?

---

* Sin identificar.

[79] Pez grande (Stradelli). "Debe de ser pirarucu (*Arapaima gigas*)" (PRL).

Y el payé respondió: —¿Piensas que acaso tus flechas podrían alcanzar a algunas de esas sombras? Ya te he dicho que sólo Yurupary tiene el poder de hacer callar estos espíritus y de restituir la razón a las mujeres y enseñarles a respetar su ley.

En ese instante entraron en la casa el gavilancito y el *maccary*, y fueron a posarse sobre la viga mayor.

Y los guerreros que llevaban las armas, colocaron las flechas en los arcos para hacer puntería sobre los pájaros, pero cuando estaban aproximando la mano hacia el pecho para tirar, quedaron inertes en esa posición; no se podía oír sino su respiración. Y las risas y los silbidos de la selva cesaron.

Entonces Yurupary y Caryda bajaron de un salto al centro de la sala y así habló Yurupary dirigiéndose al *tuixáua* y al *payé*:

—Quiten los instrumentos y los adornos de plumas a estas mujeres y quemen todo.

Y ellos obedecieron, y cuando todo fue hecho continuó:

—Llévenlas ahora a comer, y después de que las hayan dejado en sus hamacas para que duerman, vuelvan para escucharme.

Y cuando todo fue hecho y regresaron, continuó:

—Ahora que estamos solos, deben oir lo que les queda por hacer, y estas leyes deben cumplirse en la tierra de ahora en adelante:

Tú, Caryda, conduce a estos hombres a las márgenes del río para que se zambullan y saquen los restos de los huesos de Ualri, y con ellos preparen los instrumentos para que esta noche podamos enseñar el canto y la música de Yurupary.

Y volviéndose luego hacia Nunuiba, continuó así: —Tú perteneces a la gente que siempre me ha traicionado, y los tuyos han seguido tu ejemplo.

Veo en ti toda la impaciencia, falta de vergüenza y maldad de los viejos que me traicionaron, pero que ya fueron castigados.

¿Piensas que no sabía lo que maquinabas en el fondo de tu corazón, en contra mía, cuando castigué a tus mujeres?

¿Crees, además, que no sé que le pediste al *payé* si podía reparar los males que caían sobre tu gente, amenazándolo, incluso, para obtener de él lo que no podía hacer, sordo a los consejos que te daba?

Pero no quiero castigarte por las amenazas que me hiciste, armando a tus guerreros contra mí. Te enseñaré hoy mismo las leyes, la música y el canto de Yurupary para que cambies los usos y costumbres de tu pueblo que es malvado. Apenas llegue la noche, reúnanse pues en esta casa tú y tu gente.

Caryda, tan pronto llegó al río, mandó zambullirse a los guerreros, y éstos prontamente encontraron los restos de los huesos de Ualri, que aún estaban en el mismo lugar bajo el raudal, y cuando fueron sacados a tierra Caryda los cortó, según las leyes, e hizo instrumentos iguales a los primeros.

Ya el sol estaba en el ocaso, cuando llegaron a la casa donde se encontraba Yurupary, y entonces éste terminó los instrumentos que puso parados alrededor de la sala.

Y cuando hubo terminado, dijo a Nunuiba:

—Manda a tu gente a comer, y cuando hayan terminado, ordena que vuelvan aquí.

Y pronto sintieron los nunuibas mucha hambre, porque desde el comienzo de la danza de las mujeres, no habían comido.

Cuando la noche cubrió la tierra, los instrumentos comenzaron a tocar por sí solos la música de Yurupary, y Nunuiba y su gente quedaron maravillados al oírla.

Entonces Yurupary se colocó en el centro de la sala y dijo así:

—Todos han podido dudar de las palabras de esos viejos insensatos, que mentían con sus palabras mientras enseñaban a las mujeres lo prohibido, pero no han debido nunca dudar del *payé* que a su vez confirmaba la existencia de la ley de Yurupary.

Si no fuera porque tu vejez impone tanto respeto a los tuyos, oh *tuixáua,* ellos no se habrían animado a dirigir sus flechas contra mí y habrían escuchado sin dudar lo que les decía el *payé.* Tú perteneces a esa gente que todavía piensa que nadie se le puede poner delante. Pero en verdad te digo que si no cambias de manera de pensar, el día de mañana no te pertenecerá.

Y Nunuiba respondió: —¿Cómo puedo desobedecerte, si me tienes a tu lado listo a hacer lo que pidas?

—Todos me obedecen siempre cuando están ante mi vista, para desobedecerme apenas vuelvo la espalda.

Y entonces hizo conocer todos los mandamientos de su ley y enseñó la música y el canto de Yurupary.

Y cuando terminó la fiesta, con las primeras luces del día, dijo Yurupary:

—Ahora que ya conocen mi ley, con la cual deben cambiar los usos y costumbres de esta tierra, que el *payé* haga respirar el humo de su cigarro a las mujeres que duermen. Ellas se despertarán sin recordar las locuras que cometieron y que hicieron cometer.

Y habiendo Yurupary terminado la reunión, el *payé* fue a despertar a las mujeres con el humo de su cigarro.

Ellas quedaron como enloquecidas tres días y tres noches, sin conocer a nadie, y cuando les volvió la razón, no recordaban ya lo que había sucedido, ni la fiesta, ni el castigo que sufrieron como consecuencia.

El *payé* fue desde ese día escuchado y obedecido en todo y por todos.

Después de la profanación de Curán, los tenuianas que se habían quedado en el pueblo de Arianda partieron hacia diversos puntos de la tierra.

Los que se dirigieron al Oriente, pronto encontraron una maloca de gente muy hermosa.

Era costumbre del lugar elegir de *tuixáua* al más hermoso de la tribu, fuera éste hombre o mujer, y en aquel tiempo había sido elegida Naruna, mujer bellísima.

Entre los tenuinas había también un joven hermosísimo llamado Date.

Cuando lo vio Naruna le propuso que se casara con ella y que de esta manera se convertiría en el *tuixáua* de esta tierra.

Y fue así como le habló ella a Date:

—Quiero ser tu mujer, porque eres el joven más bello que se ha cruzado en mi camino hasta ahora, y por eso tú me perteneces.

Date, que no sabía qué hacer para cambiar las costumbres del lugar, de acuerdo con las leyes de Yurupary, aceptó el ofrecimiento de Naruna para así poder imponerlas mejor.

—Nuestro matrimonio tendrá lugar el día de la maldad de la luna, pues para entonces estará aquí reunida toda mi gente.

Entre tanto puedes venir a vivir en esta casa con tus compañeros, ya que en breve serás el *tuixáua* de esta tierra.

Date y sus compañeros, ya alojados en la casa del *tuixáua,* pensaban día y noche en la manera como habrían de cambiar los usos y costumbres del lugar, según las leyes de Yurupary, y sin que surgieran obstáculos contra ellas.

Todos obedecían allí ciegamente las propias leyes y no parecía fácil poder cambiarlas de un momento a otro, y menos cuando las suyas parecían más rigurosas.

Date preguntó a sus compañeros cuál sería el mejor modo de conseguirlo, y así le respondió Iadié:

—Me parece que antes de tu matrimonio con la señora del lugar no se puede hacer nada. Es mejor que al principio nosotros nos sujetemos a todo, hasta que seas *tuixáua,* y entonces podremos poner en práctica las leyes de Yurupary.

—¿Y no se inquietará Yurupary con nuestra manera de obrar?

—Si él te hubiera dado a ti, o a cualquiera de nosotros, un talismán, podríamos temer que nos castigara, pero como no nos dio nada, es mejor esperar la ocasión propicia para actuar.

—¿De qué nos serviría llamar a todos los hombres para revelarles la ley de Yurupary? Todas las mujeres lo sabrían en seguida y se lo contarían a Naruna, la que seguramente nos haría matar.

—Veo que no podremos introducir nuestra ley porque no tenemos un amuleto; pero como el día de mi matrimonio no está lejano, ni tampoco la fecha para convertirme en *tuixáua* de la tribu, es seguro que lograremos cumplir nuestro propósito.

Al abandonar Yurupary y Caryda la tierra de los nunuibas se dirigieron a la Sierra de Tenui, llegando allí cuando sus compañeros lloraban bebiendo las cenizas de sus madres. Pronto tomaron los instrumentos funerarios y tocaron la música de los muertos.

Cuando volvió el día con sus alegrías, ya todo había concluído y cada uno se dirigió a su propia casa donde sólo había silencio.

Y pasaron así tres días, y en el cuarto, que era la víspera de la maldad de la luna, Yurupary y Caryda fueron con sus compañeros a la ribera del Lago Muypa donde se bañaron, y una vez que terminaron dijo Yurupary:

—Ahora que ya no veo traidores sobre la tierra, que puedan impedir que se cumplan los usos y costumbres de nuestras leyes en todos los pueblos del Sol, voy a descansar. Descansen ustedes también para que después cada uno vaya a cumplir lo que deba; pero antes, escuchen la triste historia de nuestras mujeres:

—Después de que ellas partieron de este lugar, se guiaron en su viaje por las aguas del río.

Y muy abajo encontraron una tierra donde los habitantes eran como ellas, pero no tenían leyes, y se quedaron todas allí diciendo que habían abandonado la tierra que habitaban porque la madre del agua había llamado a todos los hombres de su tribu al fondo del río.

Y entonces el *tuixáua* les preguntó a dónde querían ir.

—Queremos quedarnos aquí.

—¿Y si la madre del agua se les viene detrás?

—Retrocederá ante las flechas de tus guerreros.

—Así sea, ¿pero dónde encontraré hombres para todas ustedes?

—No queremos hombres, porque prometimos no unirnos nunca más a ellos.

—Y si yo le diera a cada una un marido, ¿tendrían el valor de rehusarlo?

—Lo aceptaríamos para obedecerte, pero no para tener hijos, sino para tratarlo como hermano.

—Está bien, hoy mismo cada una de ustedes tendrá un hermano para que la distraiga y le cuente historias.

Y apenas llegó la noche, el *tuixáua* mandó a cada mujer un hermano; y cuando los recién llegados les dijeron que habían sido enviados para contar cuentos, ellas, en vez de escucharlos, se arrojaron en sus brazos y los recibieron como maridos.

. . . .

—Y ahora que ya conocen la suerte de esas mujeres impacientes, descansen, que mañana cada uno deberá volver a tomar su camino.

Por primera vez Yurupary durmió después de tanta fatiga y fue visitado por la madre de los sueños.

Vio en sueños la dificultad en que se encontraban Date y sus

compañeros en la tierra de Naruna, y al despertarse le contó el sueño a Caryda.

—Asegúrate —dijo éste— que la madre de los sueños te haya dicho la verdad.

Y Yurupary sacó el espíritu del cielo, y allí vio claramente representado todo lo que había soñado, y le dijo a Caryda:

—Todo es verdad, de manera que iremos a esa tierra para ayudarlos, pero transformados en otros hombres, para ver si algunos de los nuestros no caen vencidos.

Allá tomaremos parte en la fiesta que tendrán mañana, junto a los demás.

Despídete ahora de tus compañeros, a quienes no volverás a ver muy pronto, porque allá cada uno seguirá su camino, hasta que el Sol nos reúna.

Caryda fue a despedirse de sus compañeros y les prometió que un día, cuando menos lo esperaran, volvería con Yurupary.

Y les recomendó que fueran severos con las mujeres y que castigaran sin piedad a los traidores en donde los encontraran.

Cuando Caryda se reunió con Yurupary, éste le dijo:

—Vamos a visitar por última vez la colina donde nacimos y donde fueron dadas por primera vez las leyes que deben poner fin a las costumbres licenciosas, que son la vergüenza de esta tierra.

Nuestras madres murieron para dar el ejemplo a las mujeres curiosas que no quisieron creer en las palabras de Pinon, padre de la nueva generación, a la que también nosotros pertenecemos.

Hasta hoy estas dementes no creen en la palabra de Pinon, que transformado en *payé,* les predijo todo lo que hemos llevado a cabo con mi ley, la cual sólo dejará de tener vigencia cuando aparezca sobre la tierra la primera mujer perfecta.

Esta colina no será habitada jamás porque las sombras de nuestras madres y de los niños estrangulados no permitirán que nadie venga a vivir aquí, para que no se profane el lugar donde nací, y para que no se ahuyente a Seucy, la señora del lago.

Y todas nuestras casas quedarán transformadas en piedras para que den testimonio de nosotros.

Ya sólo nos queda media luna para estar juntos; mañana partiremos hacia la tierra de Naruna para asistir a las bodas de Date.

No sé lo que me pueda pasar, porque el Sol no me dio los espíritus del cielo donde se refleja el futuro, y por primera vez aceptaré todo lo que suceda.

Y como no quiero que Date me conozca, esconderé mi *matiry* en un caparazón de *tatú,* y cuando lleguemos allá, a la hora de la tristeza, tendremos que colocarnos rápidamente entre los danzantes y seguir en todo los usos y costumbres de esa gente.

Tan pronto llegó la hora, Yurupary y Caryda partieron hacia la tierra de Naruna, a donde llegaron sin ser notados.

Pero la luna no había llegado aún al punto de su maldad, y todos estaban charlando; y una hermosa muchacha iba de grupo en grupo buscando compañero para la fiesta que se aproximaba, y cuando estuvo al lado de Yurupary, le dijo:

—Bello tenuina, tú serás mi compañero en la fiesta de bodas; ¿aceptas?

Y como Yurupary aceptara, ella continuó:

—Bien. Vendré a buscarte aquí mismo cuando se presente la ocasión.

Tan pronto el efecto de la luna comenzó a sentirse, las mujeres comenzaron la boda de Naruna y Date.

Todas las mujeres entraron en la sala con sus compañeros, donde ya estaba Yurupary con la hermosa joven.

Naruna, cubierta de plumas de guacamaya y de águila, entró entonces en la sala con Date, que la precedía con los instrumentos.

Cuando los esposos estuvieron en el centro de la sala, se formó alrededor de ellos una gran rueda que giró hacia la izquierda, mientras Date y Naruna caminaban hacia la derecha.

El golpeteo de los pies de los danzantes ahogaba los alegres sonidos de la música.

Al alcanzar la luna el centro del cielo, Naruna ofreció el *capy* a todos los que danzaban y cuando el último fue servido, rodeó al esposo con sus brazos.

Y todos la imitaron. Yurupary trató de retirarse, pero la maestra de ceremonias, que vigilaba para que los usos fueran observados, lo obligó a someterse a su compañera, que aún no conocía hombre.

Y Yurupary, gimiendo, cedió.

Cuando Curampa dio la señal de la llegada del alba, todos se levantaron, y Naruna distribuyó de nuevo el *capy* tan copiosamente que pronto todos estuvieron aturdidos. Sólo Yurupary bebió, bebió, sin sentir efecto alguno.

Después continuó la danza, entrando en la rueda los esposos mientras tocaba Iadié que conducía del brazo a su bella compañera. Así pasaron el día entero danzando.

Al volver la noche, se repitió la ceremonia que tanto estupor le había causado a Yurupary.

Cuando nuevamente apareció el Sol, Naruna y Date entraron en la alcoba nupcial, de donde debían salir el día siguiente para recibir los regalos de los parientes.

Como desde ese momento ya no había obligación de bailar, Yurupary y Caryda se retiraron a hablar fuera de la casa, y Yurupary dijo:

—Si yo hubiera sospechado lo que me esperaba, no habría asistido al matrimonio de Date, ni hubiera dado mi palabra de someterme a todas las costumbres de esta gente. Pero nadie más verá a Carumá, que desde hoy es mía, y la conduciré lejos de la vista de los hombres para que no sea manchada la única mujer que he tenido.

—¿Y qué obsequio —preguntó Caryda— ofreceremos a Date?

—Tú le darás tus ornamentos de plumas, yo este caparazón de *tatú* con un amuleto.

Y cuando las primeras alegrías del día iluminaron las raíces del cielo, todos se reunieron en la sala de la fiesta para dar los regalos a los esposos y saludarlos.

Y cuando apareció el Sol, Naruna y Date salieron de la alcoba nupcial y se colocaron en el centro de los asistentes para recibir los regalos que cada uno les traía; y al adelantarse Yurupary para ofrecerle su regalo a Date, Naruna exclamó de manera que todos la oyeran:

—¿Dónde estabas que no te había visto antes?

—Formo parte de la gente de tu marido.

—¡Pero tú eres el joven más bello que jamás haya visto! Yo soy la señora de esta tierra y hago sólo mi voluntad, así que hoy

mismo volveré a casarme contigo, y de esta manera tú serás mi primer marido y Date el segundo.

—Eso no es posible; Date es tu único y legítimo esposo.

—Ya he dicho que soy señora de esta tierra, donde sólo se hace mi voluntad; ¡ si no deseas morir en manos de mis guerreros, hoy mismo serás mi marido!

Pero su voz se fue desvaneciendo paulatinamente hasta que cesó por completo, y toda su gente quedó paralizada.

Entonces dijo Date a Yurupary:

—*Tuixáua,* te esperaba para poder remediar todos estos males.

—Saca mañana de este *matiry* el amuleto que allí encontrarás, métetelo en la nariz y guarda vivo en el corazón lo que quieras que se haga, y todo se hará. Cuando devuelvas la razón a esta gente, nadie recordará lo que ha sucedido, y podrás gobernar como quieras, porque ni siquiera Naruna se acordará de que aquí era ley su voluntad, y te obedecerá ciegamente.

Cuando Yurupary acabó de hablar, tomó a Carumá y desapareció con ella hacia el levante, dejando tras de sí un denso humo con olor a resina de *cumarú* *.

Al día siguiente Date tomó el amuleto, que era una uña de águila, y se la metió en la nariz, soplando luego en la cara de su gente que aún seguía inmóvil, y cuando llegó al último y se dio vuelta, vio que ya todos vivían.

Y entonces le dijo a Iadié: —Despierta a toda esta gente y ordena que vayan a bañarse.

Y así se hizo, y todos corrieron al río a bañarse, y con ellos fue también Naruna.

Cuando Naruna volvió, estaba tan humillada que Date se sintió muy triste y le preguntó:

—¿Por qué dormiste tanto?

—La madre del sueño me engañó.

—Para que no te engañe de nuevo, y antes de que te duermas nuevamente, vé a tomar otro baño.

Y Naruna quedó tan avergonzada con esta observación de su marido, que se fue para la cocina y allí se escondió en una gran olla de *cachirí.*

---

* Haba tonca.

Cuando llegó la hora de la comida ella no apareció.

—¿Dónde está mi mujer?

—No lo sé, repuso Iadié.

—¿Dónde está mi mujer?

Y ninguno respondió. El entonces tomó su talismán y deseó que Naruna apareciera. Entonces todos vieron la olla de *cachirí* que estaba en la cocina, dirigirse al lugar donde se encontraba Date, sin que nadie la empujara. Y Cuando Date preguntó nuevamente:

—¿Nadie sabe dónde está mi mujer?

La olla se rompió y el *cachirí* que contenía era tan fuerte que el cuerpo de Naruna apareció ya sin piel.

Cuando Date supo que Naruna estaba muerta maldijo a Yurupary.

Y entre todos los que estaban presentes, ninguno supo quién la había matado.

Dicen que Date no usó bien el amuleto y mató a Naruna sin querer.

Cuando apareció el Sol del día siguiente, enterraron el cuerpo de Naruna cerca de un tronco de *inaiá* [80], a donde Date iba todas las noches a dejar *beiú* *, peces y otros alimentos, para alimentar el espíritu de Naruna.

Iadié fue entonces el encargado de enseñar la ley, la música y el canto de Yurupary a la tribu de Date.

Nadie se opuso a esto, y en poco tiempo los nuevos usos y costumbres se impusieron en toda la comarca.

Después de la muerte de Naruna, Date vivía triste y solitario, sin conversar siquiera con sus compañeros.

Su lugar de retiro era una piedra, desde donde miraba hacia el Oriente.

Un día Iadié, que obedecía sus órdenes, al ir a darle cuenta de lo que había hecho, lo encontró llorando y entonces le preguntó:

—¿Qué tienes? Veo en ti la sombra de una tristeza que descubre tu debilidad.

---

* Comida hecha de tapioca.

80 Especie de palmera.

—Yo mismo no sé lo que pasa, pero siento una tristeza que me domina hasta el extremo que tú ves. No me hace falta nada, tengo en ustedes fieles amigos, pero un dolor desconocido me mata.

Y apenas terminó de hablar cayó muerto; Iadié se apresuró a recibir al infeliz compañero en sus brazos.

El amuleto que se hallaba dentro de la piel de Date comenzó a sonar como dientes golpeándose unos con otros.

Iadié se posesionó inmediatamente del amuleto, se lo puso en la nariz, y pidió ser elegido jefe de la tribu.

Cuando llegó a la maloca con el cuerpo de Date, los tenuinas se pintaron con *urucú* y lloraron.

El cuerpo de Date fue enterrado en el mismo lugar donde estaba el de Naruna. Iadié iba todas las noches a llevarles alimentos a sus espíritus.

Pero como la ley de Yurupary ya se había impuesto en esta tierra, los tenuianas partieron para ir a otros lugares a cumplir con su deber, quedando Iadié solo para gobernar aquella tierra.

Sin embargo él era muy mujeriego y tuvo amores con todas las muchachas, faltando así a las leyes de Yurupary, pues su mujer estaba embarazada.

Y todas estas jóvenes tramaron una conspiración femenina para obligarlo a hacer una decisión y a determinar a cuál de ellas le correspondía el derecho de darle un heredero.

Pero las mujeres eran el doble de los hombres en la maloca, por lo cual Iadié tuvo miedo y no respondió.

Gidánêm, muchacha hermosa pero de mal genio, fue la primera en dar a luz un niño que pronto fue llevado a casa de Iadié.

Este, furioso, mandó que arrojaran inmediatamente a su propio hijo al río.

Entonces Gidánêm, encabezando a todas las mujeres, fue a casa de Iadié y todas juntas lo mataron; después mataron también a todos sus guerreros, salvándose sólo uno que otro muchachito que acompañaba a su madre en la lucha.

Y el mayor de estos jovencitos, llamado Calribóbó, fue elegido *tuixáua*.

Calribóbó ya conocía toda la ley de Yurupary y siguió cumpliéndola estrictamente.

Todas las noches, en la casa donde había vivido Iadié, sentían cantar un grillo, pero tan fuertemente que esto los molestaba.

Calribóbó recordaba todas las cosas que había visto y oído, y que una vez dos tenuianas mencionaron un talismán que Yurupary había distribuído entre su gente.

Iadié debía haber tenido uno seguramente, y se prometió ir a buscarlo apenas llegara la noche.

Cuando vino la noche, se fue derecho a la casa donde había vivido Iadié en busca de talismán, y apenas entró oyó el canto del grillo.

Y trató de matarlo, pero su sorpresa fue grande cuando vio que el grillo que hacía tanto ruido era una uña de águila, tapada por un lado con cera de abejas.

Y adivinando que aquella uña era el amuleto, la tomó y se la metió en la nariz, pidiendo saber todo lo que aún no sabía.

Y así fue, y desde ese momento Calribóbó gobernó a su gente con tanta paciencia que nunca se quejó nadie de él.

Después de que Yurupary y Caryda salieron con Carumá de la tierra de Naruna, se dirigieron rumbo al Oriente, hacia las orillas de un río de aguas blancas, y allí se elevaron hasta tocar el cielo, dejando caer a Carumá desde arriba.

A medida que el cuerpo de Carumá caía, aumentaba de tamaño al aproximarse a la tierra, y cuando tocó tierra, se había transformado en una gran montaña.

Y Caryda y Yurupary se quedaron todavía suspendidos un rato en el aire, y después descendieron también ellos, y se posaron sobre la cima de la nueva montaña, a orillas de un hermoso lago, circundado de hierbas olorosas.

Y Yurupary habló así:

—Aquí yace la primera y única mujer que pudo tenerme y en este lugar queda segura, escondida de la vista de los hombres.

Un día, cuando todo se haya consumado, vendré a buscarla para vivir con ella cerca de las raíces del cielo, donde quiero descansar de las fatigas de mi misión, lejos de los ojos de todos.

Hoy, Caryda, es el último día que estaremos juntos, y antes de separarnos quiero revelarte el secreto de mi misión sobre la tierra.

El Sol, desde que nació la tierra, ha buscado una mujer perfecta para llevarla cerca de él, pero como aún no la ha encontrado, me dio parte de su poder para que viera si en el mundo puede encontrarse una mujer perfecta.

—¿Y cuál es la perfección que el Sol desea?

—Que sea paciente, que sepa guardar un secreto y que no sea curiosa.

Ninguna mujer existente hoy sobre la tierra reúne esas cualidades: si una es paciente, no sabe guardar un secreto; si sabe guardar un secreto, no es paciente, y todas son curiosas; quieren saberlo y experimentarlo todo.

Y hasta ahora no ha aparecido la mujer que el Sol quiere tener.

Cuando la noche llegue a su mitad debemos separarnos. Yo iré al Oriente, y tú, siguiendo el camino del Sol, irás al Poniente.

Si un día el Sol, tú y yo nos encontramos en el mismo lugar, esto querrá decir que por fin ha aparecido en el mundo la primera mujer perfecta.

Después Yurupary se dirigió a la orilla opuesta del lago y sentado sobre una piedra se quedó contemplando su propia imagen reflejada en el agua.

Caryda, dominado por una fuerza superior a su voluntad, permaneció en el mismo lugar sin poder seguir a su compañero.

Cuando surgía la luna del seno de la tierra, apareció en la superficie del agua una hermosa mujer en quien Caryda reconoció a Carumá.

Ella dejó oír el canto y la música de Yurupary con tanta dulzura, que Caryda se quedó dormido, y cuando despertó, ya alta la noche, no vio a nadie.

Pero aguzando la vista al Oriente, vio dos figuras lejanas que parecían seguir el mismo camino, y entonces Caryda se levantó y se dirigió hacia el Poniente.